



Todas esas
CRIATURAS

(Memorias del Taller Blanco)

ÍNDICE

Introducción	03
Eleonor y el dilema de su creadora	04
El reflejo mismo de la luna	09
Entender el silencio	12
Simples casualidades	16
Furia	20
Vida, pasión y vuelo de Carlos Gregorio Mena Lascano	28
Guerrera	34
El código cincuenta y uno	36
Una corta-larga historia inconclusa	46
Un reencuentro posible	52
Todo sobre la maternidad	58
Ella	62
Carta al portador	68
La horda de los desaparecidos	71
La perversidad del ser uno	78
La sentencia del tigre	82
Cuarentañera en crisis (y otras pequeñas catástrofes familiares)	86
El cadáver exquisito de nuestro Taller Blanco	96

INTRODUCCIÓN

“La escritura es el lugar donde se manifiesta la vida”, dijo alguna vez la escritora venezolana Gina Saraceni, en una clase maravillosa que llevaba por nombre Poética de la escritura. Y esta otra es una frase de Clarice Lispector: “Soy una persona cuyo corazón late de levísima alegría cuando logra en una frase decir algo sobre la vida”.

¿De dónde nace la escritura si no es desde la vida?

Durante un mes, 20 personas de una diversidad deslumbrante nos reunimos para pensar, conocer y hurgar en los orígenes y las herramientas de la escritura. Había gente del derecho y la academia, economistas, ecologistas, estudiantes, comunicadores, periodistas; desde adolescentes hasta personas en sus sesentas. Nos unía un camino: muchas historias por contar y la pulsión de hacerlo a través de la palabra escrita.

Se llamaba ‘El taller blanco’, en honor al bellissimo ensayo de Eugenio Montejo. Montejo, poeta y ensayista venezolano; Montejo, nacido en 1938 y muerto en 2008. El taller blanco, que era la panadería de su padre, donde él solía ver, noche a noche, a una cuadrilla de hombres que se juntaban “ritualmente ante los largos mesones a hacer el pan”.

—Para estos hombres, que no me hablaron nunca de religión, acaso porque eran demasiado religiosos, Cristo estaba en la humildad de la harina y en la rojez del fuego que a medianoche comenzaba a arder —escribe Montejo—.

Arder, justo como arde la fuerza de la palabra. Instintiva. Pero, ¿qué puede enseñarnos sobre la escritura un grupo de hombres fascinados por el fuego mientras se desvelan haciendo pan?

—Del taller blanco —sigue Montejo— me traje el sentido de devoción a la existencia que tantas veces comprobé en esos maestros de la nocturnidad. La atención responsable a la hechura de las cosas, la fraternidad que contagiaba un destino común, en fin, la búsqueda de una sabiduría cordial que no nos induzca a mentirnos demasiado.

Blanco por la blancura de la harina, que Montejo recordaba como la sustancia esencial que de aquellos años guardó su memoria. Blancura que podía estar, decía Montejo, en las pestañas, las manos y el pelo, pero también en las cosas, gestos y palabras. Que convertía a ese sitio en un iglú construido bajo densas nevadas. Una blancura, en fin, que puede verse en todos lados, como de todos lados puede brotar la escritura.

Al igual que esa cuadrilla de la panadería, los 20 del Taller blanco nos reunimos ritualmente para explorar los tonos y los ritmos que convenían a cada historia, nuestras voces narradoras y los personajes a los que darían vida; hurgamos en la memoria para encontrar los recuerdos que exigían ser contados; construimos diálogos y escenarios, pensamos inicios y finales. Escribimos mucho, ensayamos tanto.

Lo que sigue son los textos que resultaron. Cada uno es una criatura de su autor, cada uno dice algo diferente, cuenta una historia, piensa una cuestión, narra y es un intento de seducción al lector. Lo que viene a continuación son todas esas criaturas.

Alexis Serrano Carmona,
periodista que escribe, (instructor del Taller blanco)



Eleonor y el dilema de su creadora

Por: Dámaris Rosero

Entré en mi nube, eso que otros llamarían mente, pero que yo prefiero llamar *cueva de inspiración*. El aire adentro era denso y quieto, como si el tiempo solo fluyera cuando yo escribía. Allí nació Eleonor.

La había soñado esa madrugada. Desperté sobresaltada, con el pecho lleno, como si un globo invisible creciera dentro de mí y amenazara con estallar. Me quedé sentada en la cama, jadeando, sin saber si estaba temblando de miedo o de euforia. En el sueño, Eleonor también se despertaba así, pero para ella no era algo excepcional. Vivía con esa presión todo el tiempo. Una intensidad que la atravesaba sin descanso, como una montaña rusa inmóvil que, de pronto, se disparaba hacia arriba. Aunque para ella, y tal vez para mí también, seguía siendo un enigma entre cuerpo y mente.

La vi entonces. Era sábado. Se levantó de la cama y estiró los brazos con un suspiro de alivio: el fin de semana al fin había llegado. Caminó descalza por el cuarto bañado por el sol del verano, abrió el armario con lentitud y pensó: *¿qué me voy a poner hoy?*. Eligió unas bermudas de mezclilla gastada, se las subió con una energía liviana, despreocupada. No llevó suéter, aunque tenía la certeza de que volvería antes de que cayera la noche.

La ciudad la esperaba con un ritmo distinto ese día. En una feria de emprendimientos independientes, entre puestos de arte, música y ropa reciclada, se llevaría a cabo un concierto. A Eleonor le encantaban esos eventos: gente auténtica, gestos sin filtros. Quería perderse entre ellos, como si en ese entorno pudiera disolverse un poco de sí misma.

Mientras observaba esa escena en mi mente, sentí que algo dentro de mí se quebraba. No por dolor, sino por la vergüenza de verme reflejada en ella. ¿Era ella o era yo? ¿Y si alguien más leía esta historia y descubría que cada emoción, cada vértigo, era mío? Me invadió una timidez absurda, como si escribir fuera desnudarme ante ojos ajenos.

Me dije que no debía preocuparme. Yo no sentía. Yo solo soñaba. Pero, por primera vez, mientras las palabras se vertían solas sobre el papel, me sentí despierta.

Eleonor se miró una última vez al espejo antes de salir. En su reflejo había algo más que verano, más que ansiedad. Había una chispa que no había visto antes. La historia no tendría sentido si volviera a casa antes del anochecer.

Y yo lo sabía.

Álex aún no llegaba. Eleonor lo esperaba sentada al borde de la acera, cerca de la parada del metrobús. El sol pegaba con suavidad y ella jugaba con la liga de su

cabello mientras observaba una pequeña funda transparente con caramelos Kaumales en venta. Los contó, uno por uno, como si al encontrar una cifra impar pudiera cambiar algo en su destino.

Álex llegó puntual, como siempre. Caminaron juntos, entre bromas y un hambre ligera que no alcanzaron a saciar. Ya eran las 2:45 y la banda de sus amigos —la de Feli, el vocalista— tocaba a las tres. No había tiempo para almorzar, pero a Eleonor no le importaba. Caminaba dando pequeños saltos de emoción, la sonrisa le cruzaba el rostro de lado a lado. A lo lejos, el sonido de una batería afinándose aceleró sus pasos.

Encontraron al grupo detrás del escenario: cinco chicos cargados de instrumentos, los nervios apenas disimulados en sus dedos temblorosos y sus suspiros entrecortados. Eleonor los abrazó con palabras y lente de cámara. Tomó fotos de cada gesto, de cada mirada de concentración. Les habló como una hermana mayor que también es fan: “Lo harán increíble”. Y lo hicieron.

Media hora de luces, aplausos, saltos y letras coreadas con energía. La voz de Feli llenó el aire como si cada palabra hubiera estado guardada en la garganta de todos los presentes, esperando ese momento exacto para salir.

Cuando todo terminó, Eleonor miró su reloj: 4:56 p.m. El cielo comenzaba a teñirse con el color tibio del atardecer. Recordó su promesa: regresar antes del anochecer. Pero antes de irse, se detuvo unos minutos en el patio del evento, envuelta en saludos, abrazos y rostros familiares. Se sentó en una de las sillas cercanas, moviendo el pie distraídamente detrás de su pantorrilla.

Entonces lo vio.

Se le acercó un chico de rostro sereno, manos en los bolsillos y una mirada aparentemente casual. La interpeló con desinterés fingido:

—Yo te conozco, ¿no es cierto?

—Creo que sí —respondió ella, sin sobresaltos—. Te he visto cerca de los chicos de la banda. Mucho gusto.

Se perdió nuevamente entre la gente, flotando como lo hacía entre pensamientos. Más tarde encontró una mesa vacía y se sentó. A los pocos minutos, el mismo chico se le acercó. Orlando, se llamaba.

—Me gusta mucho lo que haces. ¿Pintas, verdad?

Eleonor se sonrojó. Bajó la mirada.

—Sí... pero soy amateur.

Orlando sonrió con la tranquilidad de quien no duda:

—He visto tu trabajo. Estudié artes plásticas. Tienes mucho potencial.

La conversación era ambigua. No sabía si se trataba de interés genuino por su arte o si aquel comentario era el inicio de algo más. Antes de poder averiguarlo, Álex volvió a irrumpir en escena, hambriento y directo:

—¡Eleo! Vamos a comer. ¡Muero de hambre!

Se despidió de Orlando con una mezcla de apuro y nostalgia anticipada. Una parte de ella deseaba seguir hablando, pero no sabía cómo quedarse sin demostrar que quería quedarse. Caminó hacia el restaurante con Álex y, apenas cinco minutos después, mientras estaba en la fila para ordenar, una voz familiar apareció detrás de ella. Era Orlando. Había llegado con el mismo grupo.

Las coincidencias comenzaron a acumularse como migas de pan en un sendero invisible. Sus amigos —incluido Feli— propusieron ir a su casa a celebrar el éxito del concierto. Eleonor dudó por un momento y luego aceptó, no tanto por la fiesta, sino porque en su pecho algo le decía que debía seguir.

Antes de irse, se volvió hacia Orlando.

—¿Tú también vas?

Él bajó la mirada y negó con cierta pena:

—No puedo. Ya tengo otros planes con unos amigos. Los hice hace semanas. No quiero quedarles mal.

Ella asintió con una sonrisa educada. No insistió. Salieron del restaurante y se dividieron en autos distintos. Eleonor partió con su grupo, pero mientras subía al carro, miró por el retrovisor. Orlando ya no estaba con los suyos. Había desaparecido. Y ella se había arrepentido de no llevar suéter.

Treinta minutos de carretera. Treinta minutos de incertidumbre. ¿Y si había cambiado de opinión?

Al llegar a casa de Feli, subió las gradas con el corazón un poco más acelerado que de costumbre. Empujó la puerta, entró a la sala... y ahí estaba.

Orlando salió de la cocina, con una sonrisa de niño atrapado comiendo un dulce que no debía comer.

—¡Qué cool! Sí viniste —dijo Eleonor, sin poder evitar la sonrisa.

Se sentaron juntos. Empezaron a hablar, con la misma comodidad de quienes ya se han visto en otro plano. Como si todo esto hubiera pasado antes, en otra historia. O en un sueño.

¿Y ahora qué? ¿Qué viene después? ¿Qué debería sentir Eleonor en este punto? ¿Qué haría yo si fuese ella?

No lo sé.

De repente me siento una farsante. ¿Qué historia estoy contando? ¿Por qué estoy contando esta historia? ¿Quién soy para creer que vale la pena escribirla?

Intento seguir, pero cada palabra suena hueca. Mis dedos flotan sobre el papel como si ya no recordaran cómo se escribe algo que importe. Me obligo a pensar en Eleonor, en Orlando, en Feli y en Álex... pero sus rostros se empiezan a diluir, como si nunca hubieran sido reales. Como si los hubiera forzado a existir solo para llenar páginas.

No me gusta admitirlo, pero tengo miedo. Miedo de que esta historia no sea lo suficientemente buena. De que nadie la entienda. De que su magia se pierda porque yo no estuve a la altura. Porque, tal vez, nunca lo estoy.

Leo lo escrito. Hay cosas que me conmueven. Otras me suenan pretenciosas. Quiero borrar todo. Quiero empezar de nuevo. Quiero rendirme.

Cierro los ojos. Me recuesto en la silla. Respiro.

Y entonces lo entiendo.

Quizás no se trata de terminar esta historia. Quizás lo que necesito es escribir otra. Dejar de forzar finales y simplemente seguir la corriente. A lo mejor Eleonor no necesita resolver nada con Orlando. Tal vez ni siquiera lo necesita a él.

Me quedé dormida. Me arropé, con la esperanza de volver a soñar con Eleonor. Sin embargo, nunca desperté.

La Asamblea de Escritores me dio de baja. Me hicieron creer que nunca existí. Y nunca volví a verme en mi nube de inspiración.

Solo espero que alguien encuentre mis escritos, los que escondo debajo de un pedazo de madera.

Ahora que no existo, no me importa que alguien los lea.

Solo espero que los encuentres tú.

Y me digas si fueron realmente buenos.

O no.



El reflejo mismo de la luna

Por: Martina Lapo Robayo

Me veo guapa. Generalmente me pinta de colores oscuros, como negro, verde olivo, morado y azul. Pero ahora soy plateada, y encima del color puso un brillo que me hace fulminante, como la luna. De mis cuatro hermanas, tres a mi derecha, una a la izquierda, soy la más guapa. Nuestra dueña, escogió colores muertos para ellas, por eso ni siquiera me dirigen la palabra, envidiosas. Mi borde estaba cortado y bromeaban al respecto. Me llamaban medio cuerpo, defectuosa y tiempo contado. Pero yo sabía que no había nada que una lima de uñas no pudiera solucionar.

Mi dueña se recoge el cabello y saludo con los miles de cabellos en su cabeza.

—¡Holaaaaa!

—¡Hola!

—¡Holaaa!

—¡Holaa!

—¡Hola!

127.357 me cuenta de la vez en que nuestra dueña tuvo piojos y vivió un amorío corto pero potente con uno de ellos. De vez en cuando se vuelve débil al recordarlo, con la esperanza de separarse de sus hermanas para poder buscarlo en el inframundo, también conocido como infierno, mundo estéril, llanura de los olvidados y piso.

Converso con 654.894, sobre los beneficios del aceite, cuando, de pronto, me engancho con 654.895. Grito y me retuerzo, suplicándole a mi dueña que no se mueva.

—No, no, no, no, ¡no jales! ¡Si lo haces me voy a rom...!

En la caída veo a mi cuerpo, plateado como la luna pero pequeño como Venus. Mis hermanas, tan envidiosas, ni siquiera me regresan a ver, ni para despedirse o maldecirme.

El sólido impacto me rompe aún más, volviendome tan pequeña que podrían confundirme por una pelusa. Entonces, temo por las criaturas de este mundo, de las cuales solo he visto destellos. Arañas, cucharachas, zapatos, escobas...

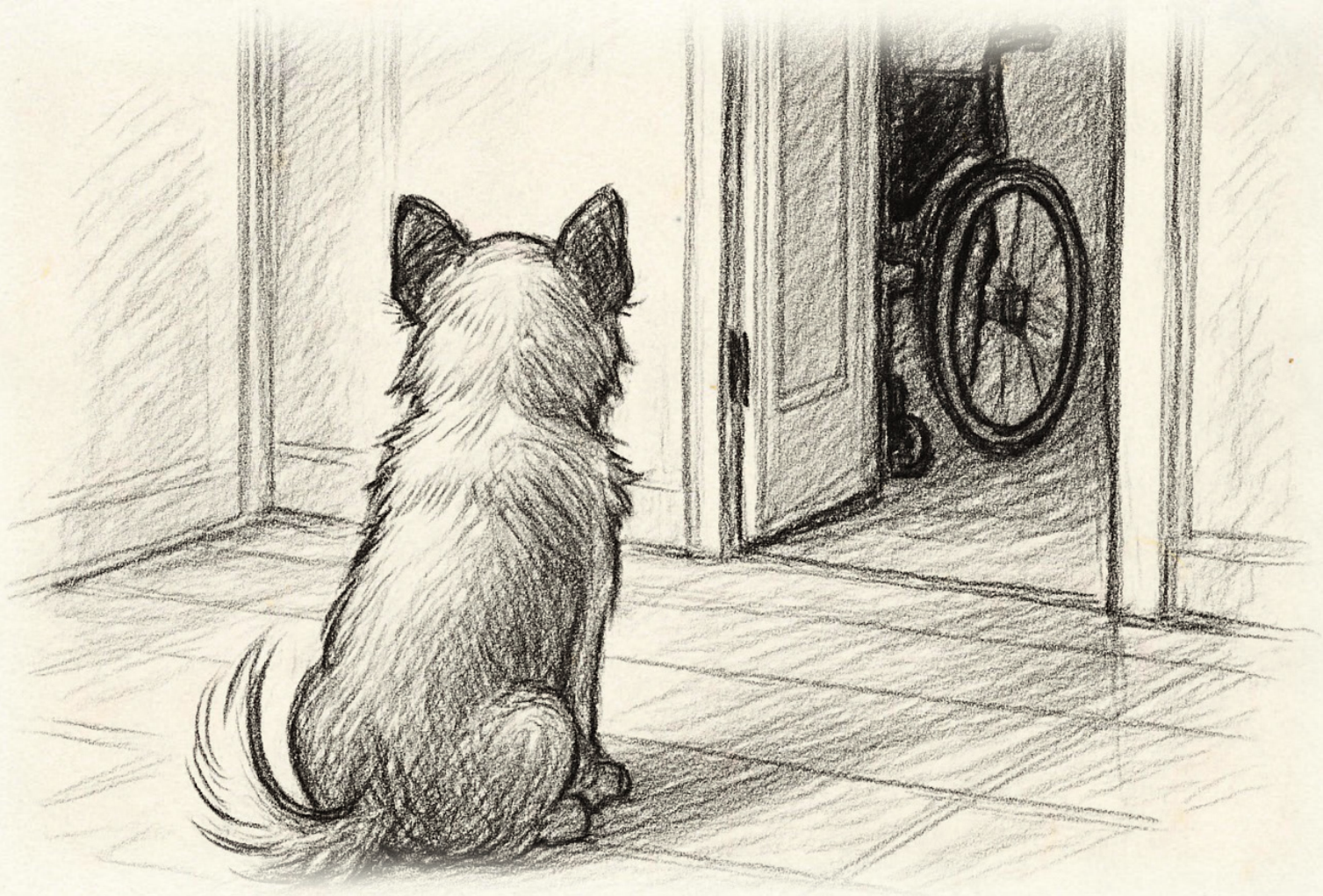
—¡Pst! —grita alguien alrededor—.

No me muevo.

—¡Pst! —vuelve a gritar—.

Me giro con cuidado y veo a 127.357 con más vida que con cualquier aceite. Me cuenta que no fui la única que cayó con ese jalón y me guía con dos pares de sus hermanas, quienes ya entablaron amistad con un par de migajas de pan dulce. Ellos llevan aquí 91 noches y nos aseguran que estaremos bien.

Cuando terminan de hablar llega la traidora de nuestra dueña y, con un solo movimiento, nos atrapó. El basurero es más caliente que el piso, pero no menos tenebroso. Todos hablan al mismo tiempo y nublan mis oídos. Mi único confort es saber que, en donde sea que terminemos, siempre seré la uña más guapa, reflejo mismo de la luna.



Entender el silencio

Por: Anahí Ganán

Desde el primer día en que me llevó a casa, supe que no solo tendría una humana: mi humana, sino que, como si fuera un premio escondido, me gané una manada entera. La fui descubriendo poco a poco, oliendo cada rincón, entendiendo quiénes me daban comida a escondidas, o me dejaban subir al sofá y quiénes decían que no —aunque luego me dejaban igual—. Pero de todos, había uno que me hacía sentir especial, un hombre que parecía un niño con poderes y que era mucho más que un tío.

Recuerdo que tenía su trabajo a unas cuadras, o lo hacía desde un escritorio junto a la ventana, con la luz que le daba en las mañanas. Siempre que llegábamos, su voz ronca me recibía: “¡Perro loco!”, y yo corría como si el piso fuera viento bajo mis patas. Venían los juegos, mis gruñidos de emoción y las risas que llenaban la casa. Alguien siempre decía: “¡Ya basta, lo vas a alborotar!”, pero él solo se reía más, como si alborotarme fuera parte del plan.

Un día, cerca de su cumpleaños, escuché a mi humana decirle en tono de broma:

—¿Y cómo se siente envejecer?

—Ve esta guambra —respondió él en un tono que fingió molesto y luego soltó una carcajada—. Ya verás, yo no pienso envejecer.

No entendí del todo por qué todos rieron, pero para mí él ya tenía esa mezcla rara de niño travieso y adulto serio, el que armaba una fiesta sin motivo y también el que se ponía serio cuando había que hacerse cargo.

Pero, después de ese cumpleaños no lo volví a ver. No supe bien por qué. Un día escuché a mi humana hablarle a una cajita pequeña: “Cumpliste lo que dijiste, no vas a llegar a ser viejo”. Lo dijo con una mezcla de tristeza e ironía que tampoco entendí, pero que me apretó el pecho sin que yo supiera cómo llamarlo.

Él vivía en la casa grande, la de los litos, que yo prefería llamar “mi guardería”. Allí tenía su cuarto con estantes llenos de películas, el aroma de su colonia y los guantes que nunca me impedía morder. A veces tenían que empujarlo sobre esa silla, pero la mayoría del tiempo él se movía solo, despacio, con cuidado.

Ella, mi humana, pasaba ahí todas las tardes, viviendo a medias entre su casa y esa otra que olía a café, comida caliente y familia. Él le encargaba que comprara galletas, la llamaba “loquita” cuando se equivocaba o hacía alguna travesura.

Yo me quedaba con ella, a veces entre sus piernas cuando se dormía, otras bajo la mesa esperando que cayera alguna migaja. Pero también había otra compañía: la perrita blanca y vieja que lo seguía a donde fuera, aunque sin fuerzas ya. Ella llegó antes, pero los dos éramos amados por igual.

Él era el eje de ese pequeño mundo: el hermano menor que se volvió un poco padre, el que organizaba reuniones sin que hubiera cumpleaños, el que llenaba de regalos pequeños cada Navidad y de carcajadas cualquier día.

Ahora, el sonido de las ruedas ya no llega. La puerta se cierra a la misma hora, pero sin su saludo. Su perfume vive en un abrigo que nadie mueve, pero es solo un recuerdo que flota. Ella duerme menos, me abraza distinto. Y yo aún lo busco, como si pudiéramos hacer que esa risa volviera a llenar el pasillo.

Aunque puedo dormir más tranquilo, no me gusta que la casa esté callada. Sorprendentemente, la siento más llena. Los litos me llaman más seguido, me cargan, me acarician el lomo como si sus manos buscaran tocar otro recuerdo a través del mío. Me he acostumbrado a sus suspiros cuando creen que no los veo.

A veces me dejan quedarme más tiempo en la cama grande, esa donde antes no me permitían. Ya no les molesta. Y mi humana me ha contado que, cuando no estoy, dejan ese huequito para mí.

Los almuerzos siguen, pero son más tranquilos. Hay días en que solo comemos y ya. A veces, alguien intenta sacar una risa con historias que antes hacían ruido hasta en la cocina. Pero falta esa voz, que molestaba primero, aunque todos estuviesen serios. Los litos hacen lo posible para que no se sienta el hueco, con esa ternura que hace raíces para que la casa no se caiga.

En un rincón alto hay una caja pequeña que todos miran con cariño. Le hablan por el nombre que antes retumbaba en los pasillos. A veces le cuentan cosas, otras veces solo le dejan flores. Me acerqué una vez, pero no olía a colonia, ni a guantes, ni a galletas. Solo a madera y a tiempo. Desde entonces, no asomo mi hocico ahí, pero vigilo y escucho.

Mi humana llora a escondidas. La escucho cuando todos duermen, con la cara hundida en la almohada y los ojos apretados. Desde que le dijeron que es “muy madura y tiene que ser fuerte por todos”, cambió su andar. Se volvió como una manta que abraza sin que uno note. Va, viene, estudia más, abraza más.

Ya ni se enoja conmigo como antes, cuando me orinaba adentro sin querer. Hay noches en que me aprieta tan fuerte que parece que quiere quedarse dentro de mí. Y yo dejo que lo haga, porque también me hace bien.

Mami S. —mi abuela, en parte— se volvió más grande que nunca. Es columna, techo y fuego. Siempre está ahí. La tía y las primas vienen más seguido y su risa se parece un poco a la que extraño.

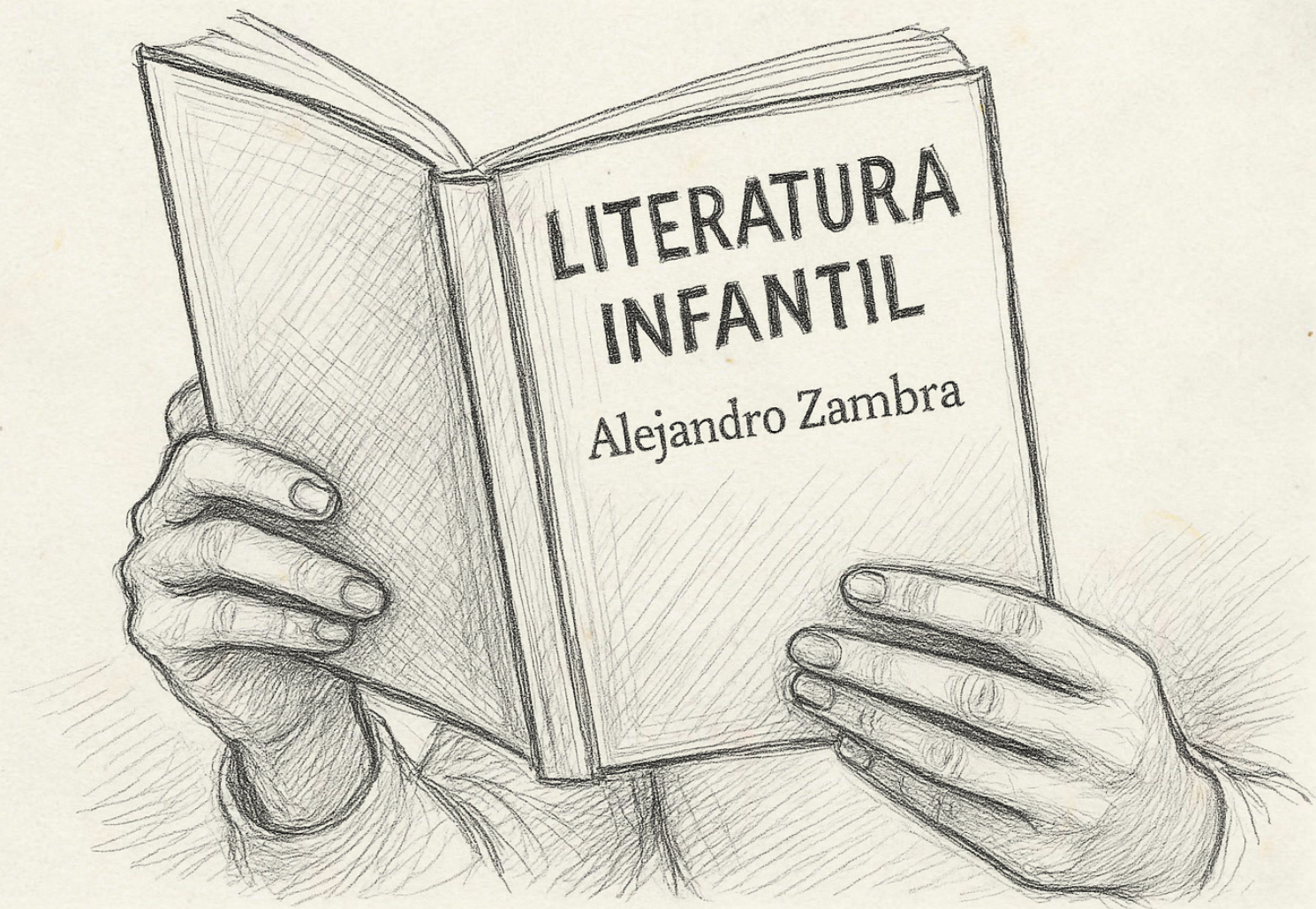
Mi tío, el que vive en otro lugar, visita y llama más seguido. Lo sé porque con ese cantito tan suyo pregunta por mí, por el 'Barbuchas'. Incluso Papi J. —mi abuelo, en parte— aparece más. No vive con nosotras, pero cuando llega me da comida bajo la mesa, me rasca detrás de las orejas y me habla con la precisión que solo alguien que entiende puede tener.

¿La perrita blanca? Ya no viene. No la he visto desde hace días, quizá semanas. A veces la escucho nombrar. Me extraño cuando no la oigo llegar por la reja, moviendo su rabito redondo como si tuviera años para saltar. Supongo que allá la cuidan como los litos me cuidan a mí. Supongo que también lo extraña.

Últimamente, descubrí una reliquia nueva: una tela simple, pero con un peso enorme, como una presencia. Su perfume vive en el abrigo que nadie mueve. Y algo más loco es que hay otro muy parecido, que mi humana abraza con más fuerza cuando anochece, especialmente cuando siento que no está contenta.

A veces, cuando pienso en él, siento que está aquí, con su risa que me hace correr como viento, con sus bromas y juegos, con esa mezcla de niño y adulto serio. Y aunque no entiendo por qué ya no está, sé que un día la puerta se va a abrir y su voz ronca me va a llamar: "¡Perro loco!".

Mientras, me acurruco en mi cuchito, con la esperanza tonta y hermosa de que todo vuelva a ser como antes.



Simple casualidades

Por: Anamaría Varea

La primera línea fue magnética, me atrapó completamente y no pude parar de leer: “Contigo en brazos, por primera vez aíslo, en la pared, la sombra que formamos juntos. Tienes veinte minutos de vida”. Esta imagen me atravesó y sentí que mi corazón se desleía. Era evidente que se trataba de un papá con su bebé. En el estado de conciencia alterada que tenemos las madres recién paridas, creo que es poco probable que le demos importancia a la sombra en la pared.

En el taller de escritura la tarea consistía en leer dos capítulos del libro; sin embargo, el formato .epub, que era desconocido para mí, me regaló el libro entero. El resto de la mañana y la tarde Literatura Infantil fue mi aliada y compañera.

Conocer al protagonista como papá, hijo, amigo, fue un deleite. Su desenfado con la escritura me develó su maestría con el manejo de la palabra y me ofreció una historia fluida, cercana, entrañable, que por ósmosis permeó mi día. Mientras leía, una inhalación y exhalación rítmica avivaba la llama en mi corazón. Los pulmones actuaban como fuelles. La vista, de izquierda a derecha, casi sin pestañear, seguía cada frase y cada etapa del padre de Silvestre (así se llamaba su hijo), de Jasmina (su esposa), de su papá.

Al día siguiente, lo primero que hice fue salir disparada a la librería para nutrir mi alma con más de su literatura. Los nuevos libros serían una buena compañía para los próximos días, era el cumpleaños de mi compañero e íbamos a festejarle con un paseo en familia. Los libros son grandes aliados en nuestra vida. Hace tiempo, él se dedicó a cultivar Bonsái, y ese libro fue uno de los regalos que escogí.

Logramos juntarnos todas y todos para el festejo; en especial Sofía, mi hija, y Sol, mi nieto, que viven en la CDMX y vinieron a Ecuador por las vacaciones.

Mientras leía, muy a gusto en el sillón, mi hija me preguntó:

—¿Qué lees, mamá?

—La vida privada de los árboles —contesté—.

—¿Qué tal?

—Recién empecé.

—¿De quién es?

—De Alejandro Zambra

—Me encantó su libro Literatura Infantil, se lo regalé a mi Pa en su cumple, el año pasado.

—No sabía que ese libro estaba en casa —contesté, asombrada—.

—Bueno, con tantos libros que hay ahí, difícil que identifiques todos.

—Tu papá no me comentó nada de Literatura Infantil, voy a averiguarle dónde está.

—Zambra, es papá de la escuela de Sol —me dijo mi hija, emocionada—.

—¿En serio? ¡No te lo puedo creer!

—Te acuerdas —siguió ella— que, el año pasado, mientras hacíamos la fila para ver el evento de Navidad del colegio, entre dientes, te sugerí que regresaras a ver al señor con la gabardina larga y te conté que era un escritor muy reconocido.

—Sí claro que me acuerdo.

—Él era Alejandro Zambra.

—¿Y por qué no me dijiste?

—Te lo dije y te lo estoy diciendo nuevamente.

—Pero hubieras puesto más énfasis ese día.

—Aaay, mamá, tú y tus cosas.

Ahora que Sofía me lo recordaba, la imagen volvía con claridad. Yo no conocía al autor, nunca había leído nada escrito por él y, al verlo, su presencia no me decía nada. Mi hija continuó con más detalles.

—Su esposa es Jasmina Barrera.

—¿En serio? Hace un mes Alegría me regaló su último libro.

—¿Qué te pareció?

—También me lo leí de un sentón.

Alegría, mi otra hija, estaba por ahí y comentó:

—Yo acabé de leer La reina de espadas y les confieso que odié a Octavio Paz. Me identifiqué con esa solidaridad de género.

En el colegio, en ese evento de Navidad, uno de los niños que pasó adelante y cantó un villancico, con sus compañeras y compañeros de clase, era Silvestre, el hijo de Alejandro y Jasmina, quien tenía veinte minutos de vida en esa primera línea magnética. Ahora, tal vez, debe tener unos siete años.

Si hubiese leído Literatura Infantil antes, me pregunto: ¿cómo lo habría mirado en esa fila del colegio, cuando Sofía me contó que él era el autor?, ¿qué habría sentido al verlo?, ¿me habría acercado a comentarle que disfruté mucho su libro? Si eso sucedía, si me presentaba y conversaba con él, ¿le habría importado? Si ese día él hubiese estado con Jasmina, su esposa y en esa conversación mi comentario también hacía relación a su última obra ¿Habría tenido alguna relevancia para ella?

El Taller Blanco, que dicta Alexis Serrano Carmona, me presentó a Alejandro Zambra, y ahora resulta que lo conocí, que lo vi, aunque él ni siquiera debe haberme visto. Luego de leer su libro, identifiqué que su hijo, Silvestre, el protagonista. Iba a la misma escuela que mi nieto y el último libro de su esposa, recientemente, me atravesó.

No hay duda, la vida da vueltas insospechadas, convergentes, azarosas, inesperadas. Trato de poner los elementos en orden y ubicar a los personajes, el contexto y los momentos, para tratar de esbozar alguna explicación a este encuentro casual.

¿Todo esto me quiere decir algo? Parecería que son solo coincidencias, piezas de un rompecabezas que no encajan, no me dicen algo concreto.

Al final de Literatura Infantil, el autor dice: “Me gusta pensar que este libro es nada más que un guion para esos lentísimos paseos de futuro”. En esos paseos de futuro, caigo en cuenta de que Sol acabó la primaria en la escuela a la que va Silvestre, el hijo del autor. Mi nieto inicia un nuevo ciclo en su vida y hará la secundaria en otro colegio.

Concluyo que la posibilidad de volver a toparme con Alejandro Zambra es casi nula. Aunque, quien sabe, el mundo es pequeño, el azar es antojadizo y la vida podría sorprenderme con otras simples casualidades.



Fufia

Por: Lenin Villacís

Tomaba notas y trazaba las líneas de mi investigación en una libreta gastada, alumbrado por una pequeña luz parpadeante. Era mi primer reportaje real desde que llegué a un periódico respetable. Después de tanto tiempo escribiendo noticias de crónica roja, poniendo “sabor” —como decían editores amarillistas insinuando que escriba un chiste de mal gusto sobre otro político corrupto u otro asesinato en Durán—. Después de servir cafés, lavar carros y aguantar la condescendencia de columnistas desgastados lamentablemente famosos. Ahora tenía mi primera asignación, una historia real, con peso, riesgo y gravitas, como decían los “snobs”. Había un peligro latente que me emocionaba. Ensayaba las preguntas en mi cabeza e imaginaba respuestas reveladoras que destapasen redes secretas de corrupción y crimen organizado con lazos tan profundos que involucrarían a presidentes de toda América Latina. Me veía desvelando instituciones secretas de corrupción entre el estado, la mafia albanesa y los carteles de la región. Mi noticia terminaría con la carrera de cientos de funcionarios y políticos de carrera, algunos de los cuales serían encarcelados y, posiblemente, cumplirían sus condenas completas, sin escapar por medio de vacíos legales a paraísos terrenales donde sufrirían sus últimos días en el exilio. Sentía la expectativa inflamarse en mi pecho. Sabía que me estaba dejando llevar, pero la noche caía. Estaba sentado en un bus interprovincial en la carretera Quito-Guayaquil, rodeado de pasajeros dormidos, era el momento ideal para navegar por las aguas de la fantasía.

Noté que el bus se detenía. La parada era una mecánica de un pueblo llamado Ventanas, de aquellos conocidos por ser desconocidos; de aquellos cuyo nombre flota en el subconsciente porque lo leíste de paso en las noticias pero que nadie visita. Era una parada extraña. Los medios mencionaban asaltos, secuestros y asesinatos en aquel tramo de la carretera. Me levanté de mi asiento antes de que el bus se detuviera por completo para calmar mi curiosidad y, aunque me costó admitirlo, mi miedo. Con la boca llena de bizcochos, el conductor me informó que el bus tenía un problema con los frenos y debíamos parar. “¿O se quiere morir?”, me dijo con burda elocuencia. Pedí bajar a tomar aire mientras el mecánico hacía su trabajo. Obtuve por respuesta un “vaya con cuidado, por aquí matan”. Me zambullí en un calor viscoso que abrumó mi piel. Mis brazos arrancaron el suéter de mi torso en un solo movimiento y llené mis pulmones en un esfuerzo por aclimatarme. A primera vista, todas las advertencias parecían huecas, pues Ventanas se veía como un pueblo cualquiera. Una mezcla extraña entre cemento y matorral, en la que de toda estructura brotaba maleza. No pude descifrar organización

alguna, callejuelas de tierra perdían continuidad o se convertían en largas avenidas sin previo aviso. Parecían hacer zigzag mientras se ensanchaban y estrechaban sin un patrón reconocible. Los semáforos adornaban las calles sin mayor funcionalidad, pues nadie los respetaba. Los postes de luz eran escasos y solo algunos funcionaban, brindando una cascada de luz en la que se bañaban felices millares de insectos alados. Era un caos extrañamente organizado.

La noche había caído, pero el lugar parecía empezar a despertar. Las callejuelas estaban abarrotadas de tricimotos, motocicletas, autos, perros callejeros y personas que caminaban entre los autos sin reparo. El clamor de los pitos, gritos, silbidos, motores y altoparlantes ofreciendo las últimas ofertas era abrumador. Caminé por un par de cuadras hasta que lo noté. Todos los edificios, casas, postes y quioscos tenían tan solo dos colores: azul y amarillo. El número 77 permeaba el lugar y el rostro sonriente de Alfaro Barona, candidato a la presidencia de Ecuador, lo custodiaba todo.

Decidí volver, esperanzado en que el trabajo del mecánico estuviera terminado. Guayaquil estaba a un par de horas de viaje y necesitaba tiempo para descansar, repasar y llegar a mi entrevista. Pero, al llegar, me encontré con noticias desalentadoras.

—Hermanito, sabe que las partes no las tengo aquí. Lo que pasa es que a mí me trae los repuestos mi primo, pero él tiene su taller en Zapotal —dijo el mecánico, un hombre pequeño de torso desnudo con manchas de grasa en el pecho y estómago—.

Pregunté de inmediato al conductor alternativas para terminar mi viaje, pero, al parecer, no existían. Aquella era la única mecánica abierta en todo el pueblo, el bus no podía moverse en ese estado, ningún otro se atrevería a recoger pasajeros en Ventanas y los taxis no se atrevían a viajar por la noche.

El conductor nos reunió a todos los pasajeros para explicarnos que debíamos esperar por los repuestos que, a juicio del mecánico, llegarían al día siguiente. Sentí que la gravedad aumentaba, mi cuerpo de repente aumentó su peso y mi corazón debía bombear con más fuerza para aguantar esa nueva carga. Las manos me temblaban mientras limpiaba el sudor de mi frente. No llegaría a mi entrevista. Mi carrera, si así podía llamar a cubrir historias que nadie leía, se había terminado. Este era el reportaje de mi vida y mis editores no me darían otra oportunidad igual. La escena se reproducía frente a mí con sonido sordo. El conductor continuaba dando indicaciones. Di media vuelta y me puse caminar. Veía el alboroto del pueblo. Cientos de personas iban y venían envueltas en un vaho sepia. Niñas y niños corrían

por todo el lugar. Lo notaba todo con atenta indiferencia. Llegué a lo que asumí era el final de la calle principal, la más iluminada y viva del lugar. Una melodía fue rompiendo el silencio en el que me encontraba sumido.

Cuando tú te hayas ido,
me envolverán las sombras.

El aire transportaba la canción hasta mí desde una cantina improvisada sobre la calzada. Una joven cargaba botellas de cerveza entre una docena de hombres sentados sobre cajones de madera, sillas plásticas (algunas estaban rotas) o en el piso. Los vasos llenos pasaban de mano en mano en un acto comunal, que por un momento parecía hermoso. El ritmo de aquella visión me atrapó. Me acerqué al quiosco construido con madera, que empezaba a podrirse en las esquinas, y pedí una cerveza.

El sabor calmaba mi sed, aplacaba el calor y, más importante, alejaba mi desasosiego. Un vaso seguía a otro y cada uno me situaba más en el presente. Los rostros de los otros clientes se tornaban más interesantes y sus conversaciones resonaban en mis oídos, ahora atentos.

Clavito había sido evacuado de su casa la noche anterior por llegar ebrio otra vez, por lo que tomó la decisión de regresar a la cantina con sus amigos. Tenía ahí tres días ya. Don Carlos se quejaba de sus vecinos. Vivía al lado de una iglesia evangélica que tenía culto tres días por semana. Despreciaba sus cánticos, su vestimenta y la superioridad que pretendían cuando tomaba su puro en su porche. “Yo también creo en Dios, pero tampoco hay que exagerar, pues, hermano”, decía golpeando el hombro de su compadre.

Pilligua trastornó el contenido de su vaso y, con un movimiento violento, se deshizo de la espuma remanente, que cayó sobre la calle. Su enojo irradiaba en olas que pusieron en alerta a quien lo rodeaba. “No, ñaño. Es que estoy cansado de partirme el lomo para esa familia y que la mía se siga muriendo de hambre”. La impotencia quebraba el cristal de su voz con cada palabra. Se puso de pie y hablaba directo a su compañero de cantina. Sus palabras llegaron a oídos de todos, quienes escuchábamos cada vez con mayor atención.

La familia Barona controlaba el pueblo. Era una de las dos familias dueñas de las plantaciones de arroz que regían la producción de Ventanas, más de la mitad de sus habitantes trabajaban para ellos de manera directa o indirecta. Su patriarca tenía como hobby la política. Había sido candidato a la presidencia de Ecuador en todas las elecciones de los últimos treinta años. Por tanto, los colores de su partido político

permeaban el pueblo. Los Barona no solo eran dueños de la arrocería, sino que eran reyes en su reino. “Y nosotros no somos más que esclavos, ñañito”. Las lágrimas caían por el rostro del repentino orador.

El señor, de corta estatura, piel morena y ropas humildes, numeraba injusticias, crímenes y abusos cometidos sobre su pueblo. Su brío contagiaba, arrancaba vítores de aceptación. Pilligua continuó:

—Mi hermana trabajó en esa casa toda su vida. Les arregló las camas, les limpió los pisos, les crió a sus hijos y, cuando se enfermó, la dejaron botada como si nada. Murió sin un centavo mi ñañita, sin poder cubrir sus gastos médicos. Y esos desgraciados no movieron un dedo cuando les fui a pedir ayuda.

Luego, tomó asiento con un llanto incontenible.

Una vez interrumpido su discurso, el lugar se llenó de conversaciones que llegaban a mis oídos por partes. Todos tenían algo que contar sobre los Barona. Ventanas había sido usado como su propio salón de juegos en donde no existían las consecuencias.

Me servían mi tercera cerveza cuando una camioneta aparcó al pie de la cantina. Un joven de cabellos negros y camisa blanca hizo un ademán a la joven cantinera. Ella se acercó e intercambió palabras con el conductor. Por primera vez, noté a la muchacha: tenía el cabello largo, los ojos grandes de color miel, figura esbelta y voluptuosa. Me sorprendió no haber notado su atractivo antes. Sentí envidia cuando la vi subir al coche y marcharse con él.

Las distracciones se disiparon y un fervor movió mi cuerpo. Aún no sé si fue la cerveza o el discurso de Pilligua pero decidí no rendirme. Pregunté al cantinero, que ahora lidiaba solo con una calzada llena de clientes, qué alternativas había para mi percance. “Usted no es de aquí”, escuché por encima del bullicio. Era un señor cuya panza distorsionaba el escudo de Barcelona estampado en su camiseta sin mangas. “No, señor”, dije desorientado por su abrupta respuesta. Me explicó que no encontraría manera de salir del pueblo a menos que tuviera vehículo propio. Tan solo hace una semana habían asaltado a un taxista que llevaba a un par de pasajeros hasta Babahoyo; habían robado sus ganancias de un día entero y lanzado sus llaves entre los matorrales.

Examiné el lugar y reconocí la calle más ajetreada. Caminaba por una pared blanca, manchada por el tiempo e invadida por la maleza que crecía a sus pies. Por encima, un letrero rezaba orgulloso: ESTADIO CANTONAL DE VENTANAS. Esquivé a tres o cuatro personas que, bamboleantes, vaciaban su vejiga en la estructura.

Toda clase de vehículos transitaban la avenida y varios se detuvieron respondiendo a mi llamado. “No, compa. Cualquier cosa por aquí nomás. No se puede salir a estas horas”.

Llegué hasta el final de la calle, donde se levantaba titánico un anuncio con la foto de Ricardo Barona, lo reconocí como el joven de la camioneta. Se proclamaba la renovación del malecón como su regalo a los ventanenses. Era un bulevar bien iluminado, lleno de canchas multiusos, pista de patinaje y hasta un pequeño parque acuático, engalanado por piletas danzantes y jardines coloridos. Todo teñido de azul y amarillo, y marcado con el número 77.

Me sorprendió el gentío, a pesar de ser casi las once de la noche, hinchadas rodeaban las canchas en donde se jugaban partidos de fútbol y ecuavolley, familias enteras, niños sin supervisión, jóvenes y ancianos llenaban el lugar. El paisaje familiar era interrumpido por personas bebiendo, entre abrazos tambaleantes, discusiones enérgicas o cuerpos inconscientes.

El letrero de una cooperativa de taxis me devolvió a la Tierra, se encontraba al otro lado del parqueadero que parecía ser el epicentro de la vida nocturna. Música desbordaba de un auto alrededor del cual bailaba un tumulto. En medio, vi a la cantinera. Danzaba hipnotizante bajo la mirada atenta de Barona. Decidí atravesar la multitud, pasé tan cerca de la muchacha que pude oler su sudor, era intoxicante.

Recibí la respuesta como un coro burlón. Casi al unísono el grupo de conductores repitió la sentencia que había escuchado toda la noche. Mi corazón corría como intentando escapar de mi cuerpo. Sentí una leve presión en las sienes, la caricia del fracaso intentaba que me agradara con ella. Que me acostumbrara a su toque. Derrotado, di la vuelta para regresar sobre mis pasos y la vi: estática con la cabeza hacia abajo. Barona succionaba su alegría con sus alaridos, la abofeteó y cayó con un estruendo exagerado por la botella de pilsener light que tenía en su mano. Él la tomó por el brazo y la subió a su camioneta. Con ellos se fue la música dejando un silencio impotente, rabioso, decepcionado.

De a poco, la vida volvió al malecón, pero no entera. Se retomaban las actividades lentamente, pero el ímpetu no era el mismo. La escena se repetía en mi cabeza mientras regresaba a la cantina de la que nunca debí salir. Se mezclaba con la certeza de que mi insignificante y corta carrera profesional se desmoronaba. Ambas me recordaban la agobiante impotencia con la que cargaba por años. Y lo disfrutaba. Flagelaba mi mente y daba rienda suelta a mis pensamientos más oscuros. Me imaginaba castigando a colegas mediocres, golpeando a editores

incompetentes, arreando a ese maldito Ricardo Barona y torturándome sin tregua.

El tremor llegó a mi cuerpo al mismo tiempo que el gemido desesperado. En medio de la maleza que invadía la pared del estadio se retorció un bulto. La reconocí por su blusa, aunque estaba rota y manchada. Me acerqué pero la joven cantinera retrocedió en pánico hasta chocar con la pared.

—Me llamo Édgar, soy reportero. Vengo de Quito. Iba a Guayaquil pero mi bus se dañó aquí. Estuve en la cantina hace unas horas. Voy de regreso para allá. Te puedo acompañar —dije, extendiendo mi mano, bajando la mirada y compartiendo detalles innecesarios con el afán de ganarme su confianza.

Ella tomó mi mano temblorosa y apoyó su brazo rodeando mi cuello. Sentí su vulnerabilidad, su cautela y su resignación.

Pilligua la arrebató de mí al llegar a la cantina. Si estaba borracho, todo el efecto del alcohol se borró al ver a la muchacha. La recostó sobre la calzada y acarició su rostro con ternura. Intentaba cubrir su cuerpo con los retazos que aún colgaban de ella.

—Cuántas veces te he dicho, mijita. No se junte con esa gente —le reprochaba, cariñoso—.

Ella pedía perdón entre sollozos y quejas ahogadas. Los clientes los rodeaban con solemnidad. Estaba cubierta de moretones intensos, hilos sanguinolentos serpenteaban por las comisuras de su boca, su nariz y su entrepierna.

Te vi llorar y al contemplar mi pena,
así, tan dulcemente compartida,
te sentí tan cerquita de mi vida.

La melodía acompañaba la escena. La clínica se encontraba muy cerca de la cantina. Pilligua tomó a su hija en brazos y la cargó hasta dejarla al cuidado de los doctores. Una pequeña procesión se formó detrás de él. Luego, emergió resuelto del edificio. No se detuvo a hacer preguntas, ya no había lágrimas en su rostro, solo determinación. Lo seguimos hasta el malecón, donde me asombró ver a Barona: estaba sentado en el techo de su camioneta, abrazando a otra muchacha, tan bella como la joven cantinera.

El padre, afligido, subió al vehículo y, sin advertencia ni amenaza, tomó al joven por el cuello y lo lanzó al piso.

Sus ojos se llenaron de incredulidad mientras veía a Pilligua alzarse como una torre frente a él. La multitud los rodeaba en completo silencio. El ritmo de sus golpes rompía la noche. La sangre pintaba la calzada. Nadie intervenía hasta que vi

al indefenso muchacho arrastrase hacia mí suplicando por ayuda sin palabras, balbuceando demasiado débil para hablar.

Lo recibí con una patada cuyo eco crujiente desató toda la ira de un pueblo reprimido. Uno por uno, cada espectador se convirtió en participante del linchamiento de Ricardo Barona.

La multitud se dispersó en completo silencio. Nadie intercambió palabras, tan solo miradas que confirmaba que lo que acababa de ocurrir no se mencionaría en voz alta jamás.

La cotidianidad regresaba en ondas, el ajetreo reiniciaba, la música volvía.

Dormí esa noche en la sala de espera de la clínica y subí al primer bus de regreso a Quito. De vuelta en el trabajo, esperaba mi editor satisfecho. La historia había sido cubierta por un reemplazo de emergencia y yo continuaba siendo un fracaso, como a él le gustaba.

Lo que ya no me molesta como antes.

Seguí la historia por años. Los Barona impulsaron un sinnúmero de investigaciones fallidas. Promovieron alcaldes y prefectos que defendieron su causa. Utilizaron todo su poder en aras de encontrar a los responsables. Sin embargo, la recolección de información nunca dio frutos. Según los registros policiales, nadie vio a Ricardo Barona en el pueblo aquella noche. Nunca se hallaron rastros de su cuerpo. El caso continúa abierto.



Vida, pasión y vuelo de Carlos Gregorio Mena Lascano

Por: Allyson Mena

Señores, pido silencio y en el silencio atención.

Hoy, al finalizar la eucaristía, no se levanta una mujer para hablar. Hoy se levanta una historia. La historia de una hija y su padre. La historia un hombre maravilloso que duró 65 años y 3 meses. Vengo a recordar a un hombre que vivió con ternura y firmeza. Tuve el honor de conocerlo en su rol más especial, el de padre, y el sonido que lo nombra es Carlos Gregorio Mena Lascano.

Quiero contar esta historia para que no se borre, para que el amor que sembró no se pierda, una historia que puedo contar con el corazón abierto, con la piel, con los recuerdos, con la ausencia que pesa cada día porque su vida merece saberse.

Siempre que alguien le preguntaba: Carlitos, ¿dónde naciste?, con la mente llena de recuerdos y una sonrisa, respondía: “Yo nací en la hermosa y bella ciudad de Latacunga, por allá, un 17 de abril de 1959”. Era el mayor de cinco hermanos. Creció en la parroquia San Juan de Pastocalle, entre madrugadas frías, juegos de niños traviesos y deberes familiares.

Desde pequeño comprendió la responsabilidad y también, de cierta manera, la alegría de vivir. Mi papá solía contarme distintas anécdotas desde la nostalgia, desde esos recuerdos que se atesoran con el alma. Por ejemplo, que su su papá, el abuelito Ignacio, lo enviaba cada mañana a ver la leche y, dada la orden, le tocaba transitar un largo camino. Y su mamá, la abuelita Conchita, lo esperaba en la puerta de la hacienda, mientras él venía a lo lejos, cargando un balde con la leche a tope, que indudablemente era más grande que él.

Esa leche fresca y espumosa era el ingrediente esencial para preparar aquellos quesos artesanales que solo la abuelita sabía hacer y que, aparte de su exquisito sabor, tenían una textura perfecta.

Esa infancia rodeada de naturaleza lo forjó como un hombre sensible, observador y noble. Aprendió a mirar el mundo con humildad y a valorar el trabajo desde temprano. En 1964, con apenas cinco años, dejó Pastocalle para irse a Quito. No fue con sus padres, sino con su hermano. Allá los esperaba la tía Pepa, mi madrina; fue un salto hacia lo desconocido. En la ciudad, tan distinta a lo que el conocía, emprendería su viaje académico.

Primero, estudió en la escuela El Cebollar, dirigida por los hermanos cristianos. Recordaba que, mientras algunos niños asistían de ocho a dos, él iba por las tardes —cuando el sol comenzaba a ceder—, con su mochila, en aquel tiempo llamada carril, y los deberes en la mente.

Me contaba que, de vez en cuando, interrumpían las clases para repartir pancito y

platanitos. Entonces, todos los guambras salían corriendo, descalzos algunos, con la risa fresca, con el estómago agradecido y las manos sucias. Comían, corrían y aprendían.

Su familia, profundamente apegada a la fe católica, vivía la religión con devoción cotidiana. Carlitos era sobrino del tío Paquito, sacerdote de los padres josefinos y de la tía Beatriz, religiosa perteneciente a la congregación de las hermanas dominicas de Betania. En ese entorno de espiritualidad y valores, recibió los sacramentos de la primera comunión y, más adelante, la confirmación, en la misma escuela que lo vio crecer. Así, desde pequeño fue cultivando una fe sencilla pero firme, que lo acompañaría a lo largo de su vida.

Pasó por varios colegios ya más grande: El Cebollar, el Seminario Murialdo, el Cardenal de la Torre y, finalmente, La Salle. No dejó ninguno sin algo de sí mismo: una broma, una palabra precisa, una amistad. Su grupo de amigos fue más que un grupo: fue una tribu. Una constelación de muchachos que compartían secretos, ideales, tardes enteras de fútbol y sueños largos.

Uno de ellos fue Giovanni Vernaza. Y ese nombre no es uno más: Giovanni sería años más tarde mi padrino de Bautizo. Porque así era papá: la vida para él era una siembra de afectos y vínculos. Solía decir que eran "los regalos más sinceros de la vida". Atesoraba a sus amigos como quien guarda cartas que ya no se escriben, pero no se olvidan.

Papá vivía en el barrio La Gasca, en aquella casa de la infancia que habitó toda su vida. Una casa de color durazno y dos portones negros, de cuatro pisos, que lo vio desarrollarse y también lo vio partir. Allí se escribieron muchas historias familiares, memorias que aún están en cada rincón. De todas las anécdotas que papá solía contar, hubo una que siempre me pareció increíble, casi mágica, como si hubiese sido arrancada de un sueño.

Decía: "Cuando tenía 16 años, estaba acostado en el sillón de la sala de la casa, viendo uno de mis programas favoritos de televisión, cuando, de repente, escuché una fuerte cabalgata que me impresionó. Me dije: ¿caballos a esta hora?, qué raro. Continué viendo la tele hasta que ¡POOM! escuché un estruendo tan fuerte que me sacudió por completo. Me levanté de golpe para ver qué pasaba y vi algo que ni yo mismo podía creer: era un pegaso. Su cabeza era del tamaño de una persona y sus ojos negros, inmensos, eran casi del porte de mi cabeza y unas alas enormes. Desesperado, empecé a gritar: ¡Mamá, mamá!, pero nadie respondía. Tenía un miedo terrible de que pisara la casa. Solo vi cómo emprendía nuevamente el vuelo. Subí

corriendo a la terraza, con el corazón latiendo como loco y lo vi desvanecerse en el cielo, hasta que desapareció. Nadie me creyó cuando lo conté. Pero bajé corriendo a preguntar, porque justo donde el pegaso se posó había una casa en medio del bosque. Fui hasta allá, le pregunté a la señora si lo había visto y, aún temblando, gritó: ‘¡Casi me pisa la casa!’. Dos vecinos más lo vieron. Por eso sé que no lo imaginé. Yo sé que fue real”.

Y entre libros, deberes, responsabilidades, acabó la etapa del colegio. Después de graduarse, ingresó a la Universidad Central del Ecuador, a estudiar Economía y, a la vez, trabajaba, nunca se quejó. Combinaba turnos laborales con estudios intensos, viajando, caminando, buscando salir adelante. Su primer trabajo fue en el departamento financiero de la misma universidad y, más tarde, en el Banco Nacional de Fomento, donde empezó desde abajo y fue ascendiendo.

Su carrera profesional fue larga, digna y silenciosa. Empezó como especialista uno, luego como analista financiero y, más tarde, como consultor. Subió peldaños con trabajo, no con contactos. Lo admiraban no solo por su conocimiento, sino por su actitud generosa y su humor amable. Nunca quiso pisar a nadie para avanzar. Al contrario, levantaba a otros en el camino.

En 1998, la vida le dio un giro de 360 grados. Conoció a mi mamá, María del Carmen Torres. Decía que no pensaba en casarse, pero el amor le cambió los planes. Juntos formaron una familia de tres y, desde entonces, su prioridad fuimos nosotras. Era un padre tierno y gracioso. A veces firme, a veces irónico, pero siempre presente. Cuando le pedía permiso para salir, me decía: “pregúntale a tu mamá”, y ella respondía: “no sé, pregúntale a tu papá”. Así, quedaba atrapada en ese círculo encantador que solo esas familias que se rigen bajo las mismas normas comprenden.

Nunca nos faltó nada. No porque fuéramos ricos, sino porque él lo daba todo: su tiempo, su esfuerzo, su paciencia. Me compraba lo que pedía, aunque muchas veces me decía con dulzura: “Hijita, eso no necesitas”. Y tenía razón, pero igual buscaba cómo dármelo.

Después de una década entregando su esfuerzo al Banco Nacional de Fomento, papá decidió emprender un nuevo camino con Unibanco y sus máquinas industriales. Su último paso en el mundo laboral fue en el Ministerio del Ambiente, donde se jubiló a los 61 años, no por cansancio, sino porque supo que era hora de vivir a otro ritmo.

Desde entonces, dedicó sus días al ejercicio, a caminar, a hacer la bicicleta, a comprar bolitas para nuestra mascota, a extender la mano sin que nadie se lo pidiera y

a quien lo necesitara. Su cuerpo envejecía con los años, pero su espíritu se mantenía intacto, fresco, inquieto. Siempre tenía algo por hacer, como si la vida aún le estuviera dictando una lista de pequeñas misiones cotidianas. Y él, como siempre, las cumplía.

Hasta que un día comenzaron las molestias en la cadera. Una pierna cojeaba más que la otra y su cuerpo, que siempre había sido fuerte y ágil, empezó a dar señales de que algo no andaba bien.

Papá visitó al especialista y, tras examinarlo, el diagnóstico fue claro: había que operar. Él, incrédulo, confiaba en que la fisioterapia sería suficiente. Quería creer que su cuerpo, como siempre, encontraría la forma de sanar. Pero la familia insistió: “Con la cirugía vas a estar bien. Por favor, haz caso al doctor”.

Salió de la cirugía con el ánimo intacto, decidido a volver a caminar. Pero su cuerpo aún estaba débil, en plena recuperación. El alta llegó un Día del Padre. Nadie imaginaba entonces que ese sería el último que compartiríamos como padre e hija.

Días después comenzó a sentirse mal. Al principio, creímos que era parte natural del proceso de recuperación, algo pasajero. Pero las señales se volvieron más insistentes y la preocupación empezó a dibujarse en el rostro de todos. El 1 de julio de 2024 fue internado en el Hospital Carlos Andrade Marín. Aún no sabíamos qué estaba ocurriendo, hasta que llegó el diagnóstico: cáncer con metástasis en el hígado. Palabras duras, desconocidas, frías; no entendíamos del todo lo que significaban hasta que nos lo explicaron. Y entonces, el mundo se detuvo.

¿Qué sería de la vida sin el apoyo de la familia? Sí, existen peleas, disgustos, diferencias, pero también están los abrazos, las miradas que contienen, los cuidados que no piden nada a cambio. Esa fortaleza fue el ingrediente que nos mantuvo de pie. Papá estuvo internado dos semanas y, en ese tiempo, se convirtió en el paciente favorito de todos los médicos y enfermeras. Lo saludaban con cariño, lo atendían con respeto.

Luchó con fuerza admirable. Una mañana, le pidió el desayuno en la cama a mi prima Dome, quien estaba a cargo de su cuidado durante el día. Fue un gesto inesperado. Él, que siempre se levantaba temprano, listo, fuerte, independiente. Aquella petición fue un susurro leve, una señal sutil de lo que se avecinaba. Y, aun así, no se quejó. Nos regaló una última enseñanza: la de sonreír, incluso ante lo inevitable.

Hasta ese momento, él no conocía su diagnóstico. La familia había decidido reservar la verdad, con la esperanza de protegerlo. Pero era inútil: los días pasaban y la mejoría no llegaba. Estábamos ahí, acompañándolo, sosteniéndolo en silencio.

Finalmente, junto a la doctora de piso, le contamos lo que ocurría.

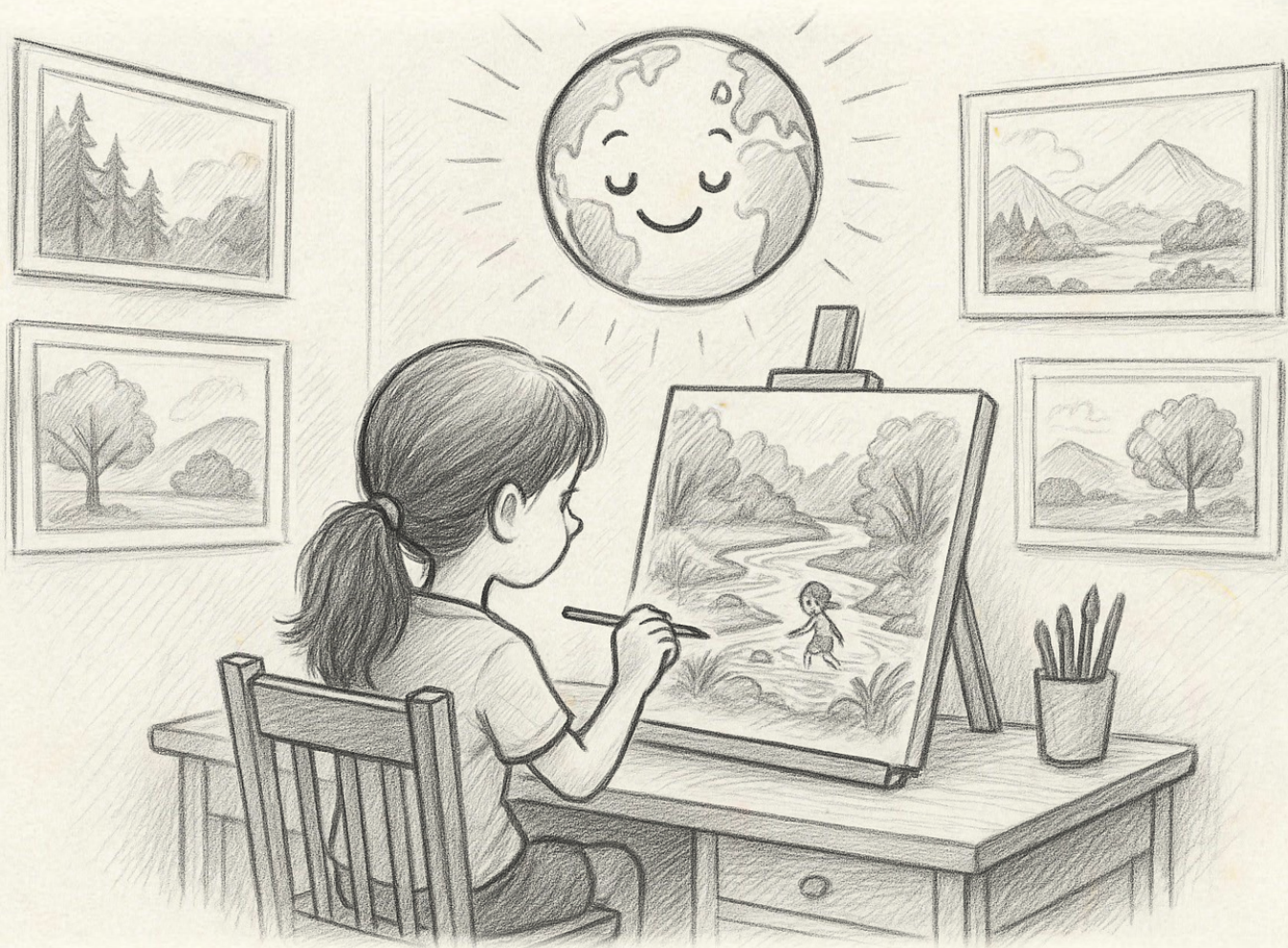
Fue conmovedora su reacción. En lugar de enojo, mostró gratitud. Cualquiera en su lugar habría protestado, pero él se mantuvo sereno, firme y con fe intacta. Aun frente a la adversidad, conservó la esperanza.

Sus ojitos se cerraron para ya no abrirse más un 17 de julio, a las 14:01. No se fue solo. Se fue rodeado de amor, tomado de la mano de su esposa, de su hija, de sus sobrinos, de su familia, de sus cómplices de travesuras y de vida.

Ese día su presencia física se despidió del mundo terrenal, pero su esencia se quedó para siempre en nuestros corazones, porque tenemos claro que, mientras alguien lo recuerde con cariño, alguien lo nombre con amor, él no se habrá ido del todo porque nos visita en nuestros sueños.

Ahora vive en la memoria que no se borra, en el corazón que no lo suelta y en el amor que no se acaba. Su legado no son solo sus títulos o sus trabajos, sino su forma de vivir. Nos enseñó a no rendirnos, a vivir con amor, a ser generosos sin esperar nada. Su risa, sus bromas, sus consejos. Todo eso nos acompaña y nos consuela y bueno. ¿Cuál es el final feliz? El final feliz no está en que no se haya ido, sino en que estuvo y que puedo decir que tengo la dicha de haber tenido al mejor padre del mundo y ahora estoy viviendo en su honor.

Quiero agradecer a todos los presentes por estar aquí, por recordarlo con amor y por hacerlo eterno. De corazón, gracias.



Guerrera

Por: Tamia Zurita

En un pequeño pueblo donde las estaciones cambiaban de color como si fueran pinceladas en el cielo, vivía una niña llamada Amaranta, que no podía tocar el mundo sin que este le devolviera dolor.

Cuando caía una gota de agua sobre su piel, brotaban molestas flores rojas que lastimaban su piel con sus espinas, como si el agua despertara un jardín punzante. Cuando hacía frío, sentía que agujas invisibles la abrazaban con firmeza y, cuando salía a alguna parte, el sol besaba su frente con un fuego ardiente. Incluso el más mínimo roce dejaba en su piel letras que escribían la palabra débil en sus hinchados brazos. Y cuando el viento traía la alegría de las flores, Amaranta estornudaba hasta que las estrellas caían de sus ojos en forma de lágrimas.

Pero Amaranta no se quejaba. Todos decían que la paqueña niña poseía un don extraño: al no poder tocar el mundo, lo observaba como nadie más. Ella tenía el poder de ver en cada copo de nieve el latido del invierno, en cada rayo de sol una historia de fuego y en cada grano de polen el mapa secreto que las flores trazaban para ella.

Su abuela, a quien Amaranta consideraba una maga, le dijo un día:

—Tu condición no es algo malo. Es un superpoder, Amaranta. El mundo te traduce sus secretos.

Y así, poco a poco, Amaranta comenzó a llenar su casa con dibujos llenos de alegría y color. No podía nadar en el río, pero lo pintaba como si hubiera vivido en él. No podía correr bajo el sol, pero con cada pincelada ella plasmaba la luz con tanta precisión que podía sentir su calor en los huesos sin que les hiciera daño.

Decían en el pueblo que, aunque Amaranta no podía tocar el mundo, el mundo entero la admiraba por su coraje. Amaranta seguía pintando. Lo hacía a través de su imaginación y a través de sus alergias, porque ahora sabía que no era débil sino una guerrera.



El código cincuenta y uno

Por: Lina Parra Cortés

“¡Guácala!”, gritó silenciosamente mi nariz. “¡Qué colonia tan horrible usa el cate-drático Stevenson!”. Pero ni así iguala al clásico *aftershave* de dos centavos que usa Minaglia. Algunas cosas no cambian, pensé. Son como Don Quijote y Sancho Panza, como el señor Burns y Smithers. Y contuve la risa mental.

Aunque a Minaglia cada vez le falta más pelo, definitivamente en su caso lo único que para su calvicie es el suelo. Por supuesto, tuve que dejar la fila de ingreso para soltar una carcajada a 20 pasos del lugar.

Allí, en la típica asociación callejera espontánea de fumadores, divisé a mi buena amiga Gabriela. Con ella siempre coincidimos, pero juro que jamás lo planeamos. Juntas en el kínder, juntas en primaria, juntas en secundaria y, luego, también en la universidad.

—¿Viste a Minaglia y a Stevenson? —le pregunté—.

—Obvio —respondió, enseguida—.

—Cada vez más viejos el par de *besties*.

—¡Ese par fueron el último grito de la moda en 1901!

19 pasos más tarde recuperamos la compostura y continuamos la conversación.

—No sé por qué sigo viniendo a estos megacongresos. Al menos esta vez tenemos dos días para visitar la playa —dijo Gabriela—.

—Uno —le corregí—. Recuerda que el regreso es a las 12 del día y es vuelo internacional.

—Seguiré luciendo mi bronceado color queso en la facultad —dijo, sonriendo—.

—¡Carajo, son las 9! Me regreso a la fila. Guárdame puesto en el auditorio.

—¿El de siempre? ¿atrás? —me preguntó—.

—¿Cuál otro permite la huida de Alcatraz? Ya te conozco, siempre te escapas a fumar cuando te aburres. ¡Te va a dar un cáncer! —sentencié—.

—Perdone ¿esta es la fila de la O a la R?

—No. Esta es de la O a la Q. La R tiene su propia fila. Ya sabe usted que Ramírez y Rodríguez siempre hay bastantes. ¡Hasta familia han de ser!

—Muchas gracias —respondí, mientras me retiraba a la kilométrica fila del lado—.

—¡Qué busque bien, le digo!

—Pero, señor, es la tercera vez que entro al sistema y no veo su nombre.

—¡Nada de señor! ¡Doctor! Que mis tres doctorados no se hicieron solitos.

—Permítame hablar con la profesora Da Silva —le escuché decir resignada a la estudiante a cargo de nuestra fila.

—¡Es el colmo! Perdieron mi registro, mi credencial. ¡Cómo es posible! —decía el “doctor”.

Mi tardanza solo aumentaba. Al menos no seré la única Rojas impuntual, pensé.

Varios discursos de inauguración perdidos después, por fin ingresé. El olor a plástico recién quitado —como el de auto nuevo—, mezclado con el de pintura aún por secarse, en una extraña simbiosis con la fragancia de alfombra nueva, demostraban que aquel majestuoso auditorio había sido recientemente remodelado. Imagino que para esta magna ocasión. Los enormes ventanales, de piso a techo, dejaban colar además de la luz, las risas y charlas del joven cuerpo estudiantil. Yo pensaba: afortunado este ejército de personitas en bluejeans y tenis, mientras adentro nos cocinamos en ternos de poliéster. El aire acondicionado parece no haberse subido al tren de la remodelación.

—Hey, Tierra llamando a la mayor Tomasa; mayor Tomasa, responda.

Ese apodo me lo puso la Gaby desde que se enamoró de David Bowie y su Space Oddity. Para mi mala o buena fortuna el protagonista de la canción coincide con mi nombre en femenino.

—Estoy flotando en un trasto de metal tu ru ruuu —respondí, tarareando como de costumbre en nuestro juego—.

—Aterriza, ve. Va a hablar la profesora Da Silva.

—¡Por fin! Ya era hora de que hablara una mujer en este panel de salchichas —nuestras compañeras de la fila de adelante soltaron una disimulada risita en aprobación—.

Varios minutos después había terminado la presentación de la brillante Dra. Ava Da Silva, la más importante catedrática de su generación, construida a pulso y por mérito propio, y la razón que justifica este viaje al megacongreso.

Una voz rasposa, metálica y ronca, posiblemente por un desperfecto en el micrófono, salió de los altavoces del auditorio. Escuchamos al moderador dar instrucciones:

—Son las once de la mañana. Por favor diríjanse a las mesas de talleres temáticos

que escogieron. Les recomendamos disfrutar del receso allí, pues afuera de cada aula o salón les brindaremos un refrigerio y bebidas. Recuerden escanear el QR de su escarapela para recibirlos. Si escuchan un 'bip', el registro fue correcto; ante cualquier otro sonido, por favor contacten a alguien de la organización. Hemos dispuesto esta forma la entrega para mantener la puntualidad en la agenda, les agradecemos su colaboración.

—¿Qué fue lo que escogiste?

—Implicaciones en las estructuras y relaciones —respondió Gaby—.

—¡Ah! —interrumpí—.

—¿Y vos?

—La evolución de los mecanismos y actores del

—¡Ah, cierto! —interrumpió esta vez ella—.

—¿En qué salón es?

—G88 ¿y tú?

—A27.

—Ya nada, nos tocó separarnos un rato.

—¡Ya era hora!

Ambas reímos con el gusto de saber que solo era broma, pues ya ni con bisturí quirúrgico podremos separar caminos, porque, contrario a lo que dicen muchos señores de otra era, las mujeres sí podemos ser amigas sin envidias ni peleas.

—Nos vemos en el almuerzo

—Buenos días —dijo, amablemente, una joven colega a quien reconocí del megacongreso del año pasado—. Les agradezco hagan una fila para entregarles sus refrigerios.

—Bip.

—Bip.

—Bip.

De reojo, miré por la puerta del salón mientras avanzaba la fila. El salón G88 —¿o debería decir el pariente pobre del auditorio principal?— parecía haber tenido mejores días. Bip. No estaba mal, pero, sin duda, tanto la pintura como la laptop pedían a gritos una actualización. Bip. Y juraría que al fondo divisé en una esquinita un homenaje—apropiación del El Guernica. Un ojo aficionado diría: un simple graffiti

estudiantil. Bop bop bop. Mi contemplación fue interrumpida.

—¿Otra vez?!

—Señor, por favor, intente de nuevo.

—¡Señor es su abuelo! ¡a mí me respeta! ¡DOCTOR!

—Por favor intente de nuevo “D-O-C-T-O-R” —bop, bop, bop.

—¿Ve? ¡No sirve! En la mañana fue lo mismo. ¿Quién manda en este congreso en el que nada funciona?

—Por favor, no se enoje, yo solo estoy apoyando en la entrega de refrigerios.

—¡Y ni eso puede hacer bien!

¡Ay no!, pensé. Me tocó compartir taller con el “doctor”, y encima este “S-E-Ñ-O-R” vino en modo Hulk. Sí, señor a secas, porque no le veo cargando sus tres cartones de doctorado para probarlo. Y, encima, ni han de ser de los de verdad, sino de una de esas dizque “multiversidades” que se hacen de la vista gorda y aceptan cualquier cosa. Capaz y se graduó con una tesis de título rimbombante como la “Disputada paternidad de la empanada y el modernismo”. Una sonora voz, me trajo de vuelta a la realidad y detuvo mi queja mental “¿Qué está *acontecendo*?”.

—Profesora Da Silva, menos mal está aquí. El QR del D-O-C-T-O-R no funciona.

—Pon *meu* código QR y dale el refricherio al *doutor* Rojas.

—Bip.

Pude escuchar que, discretamente, le susurró a la joven colega: “Parece que hubo *um* hackeo, los chicos *do computador* ya están arreglando”. Tomé un café y saludé a la profesora Da Silva y a la joven colega. Qué gusto verlas de nuevo.

—¡Son las 11:30! Por favor ingresen a sus salones que ya debemos comenzar el taller.

Cuarenta interrupciones del “D-O-U-T-O-R” y ciento veinte minutos después, habíamos concluido el taller.

—Nos vemos pasado mañana no mesmo horario para continuar com la segunda y última parte de *nosso* taller.

—¡Gabucha! —grité, mientras agitaba los brazos para saludar de nuevo a la Gaby y dirigirnos juntas al almuerzo—. ¿Cómo te fue?

—Muy interesante mi taller —dijo ella—. No le soporto a Minaglia, pero debo

reconocer que sus investigaciones con Stevenson son brillantes ¿Y el tuyo?

—La profesora Da Silva es un encanto y sus investigaciones son tan revolucionarias que parecen magia. Lo único que me sacó del *academic mode* fueron las constantes preguntas “barra” miniponencias de un tal “D-O-U-T-O-R” Rojas.

—Paciencia, amiga, que pasado mañana acaba este congreso.

—Yo sé, al menos tenemos la tarde del viernes libre para pasear y el sábado para irnos de playita.

—Y tendremos el hotel casi libre para nosotras —completó Gaby—.

—¡Bendito Dios! Gracias por la tacañería de los que quieren ahorrarse hasta el último centavo de viáticos y hacen check out el último día del evento. Aunque luego andan por todo el auditorio como si sus finas maletitas de cabina con ruedas fueran otro catedrático más. Bi ai pis.

—Ja, ja, ja —rematamos con la Gaby, y nos dirigimos al auditorio principal para continuar con nuestra jornada—.

A la mañana siguiente, repetimos el mismo acostumbrado ritual que parecía costumbre diaria de hace décadas, pese a que recién llegamos hace dos días a este país. Levantarse—bañarse—vestirse—tomar el desayuno bufett—volver a la habitación—cepillarse los dientes—ponerse labial—colgarse escarapela—ir a la universidad anfitriona—registrar asistencia—dirigirse al auditorio—tomar un café (a veces bastante aguado)—soportar el mansplaining o las miniponencias autoglorificadoras disfrazadas de preguntas—dirigirse a otro salón o a otro auditorio—almorzar—repetir.

Hoy es viernes y el cuerpo lo sabe. Y también conoce el cliché, pensé. Con renovado entusiasmo y algo más de prisa repetimos el consabido ritual. Ya quiero conocer un poco más de esta ciudad.

—Bip.

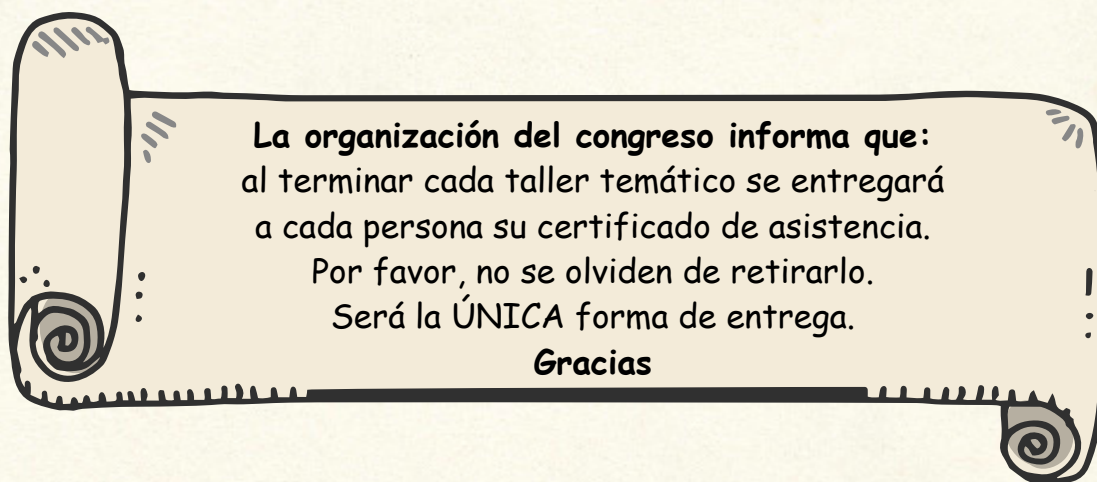
—Bip.

—Bob bop bop. Buenos días D-O-C-T-O-R Rojas.

—Bip.

—Bip.

Y, como era de esperarse, el doutor Rojas era uno de aquellos ahorradores de viáticos. Llevaba consigo una elegante —y a la vez maltrecha— maletita de ruedas, con diseño de rombos escoceses, y una larga cinta de tela con las franjas de la bandera de su país como distintivo en caso de pérdida. Y juntos desfilaban al mejor estilo bi ai pis por los pasillos de la alma mater que nos acogió esta semana, mirando con desdén a cualquier miembro del estudiantado que osaba interrumpir su pasarela. El bip de mi escarapela me trajo de vuelta. Mi dosis diaria de chismorreo visual terminó porque perdí de vista al doutor. Caminando hacia el auditorio posé la mirada en un cartel nuevo con información del evento:



Mientras caminaba hacia el auditorio, pensé: pobre pasante. Si Minaglia pudiese, le pondría cero por “usar comic sans”, porque, según él “los adultos de verdad solo usan Times New Roman”. Escuchamos atentamente con Gaby las últimas ponencias magistrales. Masterclass, como las llaman ahora algunos finos académicos, y luego nos separamos de nuevo para dirigirnos a nuestros respectivos talleres.

Bip bip bip. Gracias por todo, G88, me despedí anticipadamente. Suelo despedirme de los lugares como si fuesen viejos amigos. Lo sé, es algo raro. Yo misma no lo entiendo. Mientras buscaba un tomacorriente para sentarme en un puesto cercano, divisé la maletita arombada del doutor. ¡Va de retro, satanás!, conjuré mientras me alejaba al lado opuesto del salón.

—Bom dia, caros colegas —saludó la profesora Da Silva, con su entrañable y melodioso acento en portuñol—. Hoy me gustaria escuchar algo de sus borradores y propuestas. Depois de todo, este taller tenía el objetivo de ayudarles a preparar sus próximos artículos sobre esta temática, mais do que venirles a dar clase veladamente. ¿Quién quiere comenzar?

Aquí viene el doutor Rojas. Seguramente usará toda su artillería pesada. Empezará por contarnos “modestamente” cómo quiere ampliar las aplicaciones prácticas de sus hallazgos de su segunda tesis doctoral, que, mientras cavilo, imagino que se intitula: “Acontecimientos destacados de la historia del cemento”; o quizás tiene uno más atractivo como “Malas hierbas en un mundo cambiante”. Con asombro, noto que el doutor está ausente. No sé si sentirme aliviada u ofendida, pues veo su fina maletita como un testigo de su posible regreso en cualquier momento, como si le “guardada puesto”, pero también como una muestra de desdén hacia la profesora Da Silva. Más tarde me daré cuenta de que solo era como una huérfana recién dejada en la puerta del orfanato, bajo la lluvia, sabiendo que probablemente nunca más nadie la quiera volver a usar, no tanto por su llantita chueca, sino por la mala vibra que su dueño le contagió. Objeto maldito, dirían los demonólogos.

A la final, la paz grupal me hizo olvidarme de aquel odioso sujeto de metro sesenta de estatura. Quizás no fui la única. Pude concentrarme en mi borrador, disfrutar de los métodos y pedagogía de la profesora Da Silva. Cuando la joven colega que nos guió el primer día avisó que solo quedaban 10 minutos de taller, el G88, al unísono, con el mejor coro en adagio de sus barítonos y sopranos, exclamó: “NOOOO”. En un pacto no verbal, secreto, entre los miembros del G88, socarronamente intentamos extender el tiempo lo más posible desde las 13:30: es un lujo escuchar a la profesora Da Silva. Sin embargo, solo logramos hacerlo por 5 minutos más. Con rostro de angustia nos interrumpió un policía, quien abrió la puerta sin un ápice de duda.

—Buenas tardes, doctores. Soy el sargento tercero Rodríguez, del cuerpo de la Policía Nacional. Perdonen, doctores, si les interrumpo. Tenemos una emergencia y necesitamos saber si todos están completos en esta aula.

—Boa tarde, sargento —se aprestó a decir con elegancia la profesora Da Silva—. No lo estamos. Falta uma persona. El doutor Rojas.

En ese momento, el policía tomó su walkie talkie y se escuchó: “¿Me copia, central? Copiado Rodríguez. El 51, al parecer, es de la G88. Enviar 12-78”. Giró su cabeza y nos preguntó: “¿Alguien viene con la persona faltante?”. Todos negamos con la cabeza. “¿Alguien abandonó el recinto, aunque fuese por unos minutos?”. La profesora Da Silva indicó que no. Y era verdad. Nadie quería perderse su taller. “Por favor, tomen sus cosas y, ordenadamente, salgan del salón para evacuar”. “¡Un momento, por favor, sargento!” gritó la joven colega: “¿Es un incendio o algo más grave? Es que no les he podido entregar su certificado, es la única forma en que lo recibirán y

muchas personas abandonan el país desde esta tarde ¿me permitiría entregarles por orden alfabético?”. “Bueno, pero hágalo rápido. Además, necesitaré una lista con los nombres y datos de todas las personas”.

Álvarez, Bonilla, Cortés, Cortez con z, Delgado, Escobar, Flores, Guerra, Ibarra, Lara, López, Núñez, Parra, Ojeda, Ramírez A., Ramírez J., Ramírez P., Ramírez Ramírez. “Por favor, dese prisa”. “Sí, sí, solo faltan dos”. Rojas, Vera.

En ese momento el sargento me detuvo tocando mi hombro. “Un momento, señorita. “¿Por qué se lleva el certificado de la persona que falta?”. “Mi nombre es Tomasa Rojas. El señor solo era tocayo de apellido”. La cara de desconcierto de la joven colega que entregaba los certificados alteró al sargento. “Eran veinte”. “¿Y qué pasa?”. “Que me falta uno. El del doctor Rojas”. “Revisa de novo”, dijo la profesora Da Silva. “Ya verifiqué, profesora. No lo encuentro”. “No te preocupes, podemos hacer uno nuevo cuando él nos pida”. “¡POR FAVOR, SALGAN YA!”, fue lo último que le escuché al sargento Rodríguez.

—¡Casi que no sales! ¿Por qué había un policía en tu aula? —preguntó Gaby—.

—¿Lo viste? Fue muy raro. Nos sacó a toda prisa, usando sus códigos raros en el walkie talkie. Pero lo más raro es que el enano engreído ese del que te conté

—¿El doutorcillo?

—Sí, él mismo. No asomó en todo el taller, y luego no había su certificado.

—Raro, ciertamente. Pero ya sabes lo narcisistas que pueden ser estos sujetos, y el enano Rojas ha de estárselo pasando de lo lindo con la atención que atrajo.

Gabriela se encogió de hombros antes de decirme:

—Ya, vámonos a pasear por el centro histórico de la ciudad.

Unos días después, ya reinstalada en mi vida normal, mientras deslizaba mi perfil de Linkstacara, me detuvo en seco una nota de la agencia de noticias en red, la BBCn (Buenas Bonitas y Cortitas las noticias). Decía:

Asesinado académico en congreso internacional. El cartonero ataca otra vez

Redacción de la BBCn

Un hábil asesino en serie sigue a la fuga y no hay pistas. La Interpol sigue en alerta, pues se sabe que su modus operandi es escoger un congreso académico de cualquier tema cada tantos meses, seleccionar al azar el apellido de su víctima, hackear los sistemas de la organización para hacerse con las escarapelas o QR e infiltrarse en los eventos académicos para seguir de cerca a sus presas. Se sospecha que aprovecha las horas entre el check out de los hoteles y la clausura del último día del congreso o seminario. Hasta el momento, se sabe que al menos 30 académicos han sido asesinados por él y su apodo de 'El cartonero' se debe a que se lleva como "trofeo" los certificados de sus víctimas. La más reciente es Tomás Rojas, profesor de la Universidad de la Confederación Austral Independiente. Su cuerpo fue encontrado en uno de los baños públicos de una conocida universidad en donde se llevaba a cabo un famoso congreso anual.

Noticia en desarrollo.

En ese momento deduje el código 51 y agradecí profundamente no ser una tacaña de los viáticos como el finado tocayo de apellido.



Una costa-larga historia inconclusa

Por: Xavier Terán-Vásquez

Capítulo I

En diez pequeños capítulos voy a contar una historia que tiene cincuenta y cuatro años y que, a pesar del tiempo, permanece inconclusa. Tendré que viajar a otro país, si quiero darle un final o, tal vez, encontrarme con el inicio toda una historia nueva.

Desde 1986 hasta el 2016 asistimos con mi familia a la misa del padre Julio Herrero, cura español, en la Iglesia de la Asunción, ubicada en la avenida 6 de Diciembre y Gaspar de Villarruel, en Quito. Casi siempre los domingos, por excepción, a veces los sábados. La sabiduría del padre Julio en sus sermones, sumada a su particular tono de voz, embriajaba a la numerosa concurrencia.

A la salida de la misa era frecuente encontrarnos con amigos y parientes. Casi nunca faltaban José Luis Urgellés, su esposa Alicia y su hija Alioli, compañera de colegio de mi hija Silvia Cristina. O Irlandita de Miño, la mamá de mi querido amigo —hoy ausente— Fernando Miño. Ni el doctor Edgardo Ruiz y su esposa, Rocío. Además de parientes como el Polo Egas Varela y su esposa, Rina Iturralde, mi prima hermana. Y muchas más personas gratamente recordadas.

Capítulo II

Hace unos quince años empecé a estudiar arte en la Universidad San Francisco de Quito. Por esa época, un domingo al salir de la misa, el Polo Egas Varela —mayor a mí con unos veinte años—, de pronto me dijo: “yo tengo un cuadro tuyo”. En ese momento, no tuve la menor idea sobre a qué se refería.

En alguna otra ocasión y en circunstancias parecidas, me volvió a decir lo mismo. Yo sólo pensé: “El Polo está confundido, que yo recuerde, nunca le he dado un cuadro mío”.

Pasó el tiempo y me olvidé del tema.

Capítulo III

Estudié arte en la Universidad San Francisco hasta 2016. A finales de este año fui a estudiar en la Barcelona Academy of Art, en España, de donde regresé en julio de 2019.

Luego de unos meses nos cayó la pandemia, en marzo de 2020.

Capítulo IV

Superada la pandemia, empecé a buscar una galería o un museo que aceptara mis obras para hacer una exposición. Pero, como mis obras son de arte figurativo, no logré que nadie las aceptara. Así que el 7 de mayo de 2022 inauguré mi propia galería de arte, en el edificio Torre Suiza, en la avenida Eloy Alfaro y Suiza. Desde entonces, mantengo ahí una exposición antológica permanente de mis obras.

Para el día de la inauguración invité a mi familia más cercana y algunos amigos, fue un hermoso día y un hito importante para mí.

Capítulo V

Posteriormente, organicé grupos de amigos o parientes para hacer visitas guiadas. Unos meses después, me visitaron el Polo Egas, mi prima Rina —su esposa—, su nieta Sara, la Marianita y la Aurorita Egas, Galo Pazmiño y su esposa Paulina, mi hermana Fátima y mi cuñado Pablo Egas. Fueron para hacer lo que ahora llamamos “el tour completo”, que consiste en una mañana, de viernes o sábado, para visitar primero mi estudio y luego la galería, o viceversa.

Llegaron puntuales, según lo acordado, y el Polo Egas llegó con algo para regalarme. Estaba envuelto, me lo entregó y enseguida le quité el papel. ¡La sorpresa fue gigantesca! En ese instante comprendí lo que me había dicho quince años atrás: “Yo tengo un cuadro tuyo”.

Se trataba de un cuadro de una iglesia, pintada con témpera sobre lienzo, que hice cuando era niño. Él lo había conservado por cincuenta y un años y ahora me lo traía como regalo. ¿Se imaginan esto?!

Capítulo VI

El asunto es que dibujé, pinté, usé herramientas y construí cosas desde que tengo memoria. En ese tiempo de mi niñez vivíamos en Latacunga, en la que llamábamos ‘la casa amarilla’, en la esquina de la Roosevelt y Márquez de Maenza.

Para 1971, con nueve años, yo ya tenía fama de pintor, constructor y arreglador de cosas. Y mi hermana Fátima ya era mi fan número uno. Un día me dijo que habría una exposición de pintura y que preparara algo para participar.

Me puse manos a la obra y pegué —con un engrudo que hice yo mismo— pedazos de

lienzos sobre cartón. Dibujé y pinté tres iglesias, tomando como modelos fotos de libros y revistas que había en la casa. Usé esas cajas de témperas de esos tubos chiquitos que no alcanzaban para nada y se gastaban rápido.

Llegó el día de la exposición, que fue en la escuela Elvira Ortega. Llevamos los cuadros y los colocaron sobre una mesa, apoyados contra la pared. Yo me pasé viendo qué más cosas había, tenía mucha expectativa, quería ver cuadros hechos por otras personas. Hasta entonces, no había visto más cuadros que los se encontraban en las iglesias, libros y revistas.

Mi mamá me acompañó y estuvo a mi lado todo el tiempo. De pronto, llegó un señor muy alto, que conversó largamente con ella. El señor me cayó superbién, conversó un rato conmigo, me entregó unos billetes y luego se llevó uno de mis cuadros. Otro cuadro se lo llevó mi hermana Pilar, aunque después me criticó que no había pintado una porción en la que se veían las líneas del lápiz detrás de la pintura. No recuerdo qué pasó con el tercer cuadro.

Hoy sé que ese señor era el Polo Egas, que la exposición fue por las fiestas de Navidad, que era diciembre de 1971, que yo tenía nueve años, que se trataba del Día de la Independencia y que el señor Leopoldo Egas Varea era en ese momento el gobernador de Cotopaxi.

Es un dato importante: el primer cuadro que vendí en mi vida fue a los nueve años y lo compró el Gobernador de mi provincia.

Capítulo VII

Unas semanas o meses después, estábamos almorzando con mi hija Silvia Cristina y su esposo, Paúl Ribadeneira, y les conté la historia de mi primer cuadro vendido, ahora devuelto por el comprador. Después de ver el cuadro, Paúl me dijo: “Sería muy bueno que vuelvas pintar la misma iglesia, ahora, cincuenta y dos años después”. Me pareció una gran idea, como para cerrar esta hermosa historia.

Capítulo VIII

Le estuve dando cabeza al tema un tiempo. Sabía muy bien en qué libro estaba la foto que usé para hacer la pintura, pero no estaba seguro de dónde estaba el libro; en mi departamento no lo encontré. Cuando me mudé la última vez, en 2021, dejé varias cajas con libros en la bodega, esperando a ser ordenados; pensé que podría

ser que esté ahí. Bajé y lo encontré. Lo abrí, busqué la foto de la iglesia... ¡Ahí estaba!

Se trata de un libro que le robé a mi papá de su estudio cuando era niño. Mi papá, que ya había sido ministro de finanzas y diputado, para esas fechas era prefecto de Cotopaxi.

El estudio de mi papá en la casa amarilla de Latacunga, era un lugar algo misterioso, repleto de libros y papeles por todos lados, siempre desordenado. Yo entraba a escondidas, porque teníamos prohibido el paso e iba en búsqueda de algo interesante. Pero todo me parecía aburrido, eran libros que no tenían dibujos, sino puras letras; excepto uno que se llamaba Así es España. Ese tenía fotos y unas hermosas ilustraciones. Las primeras veces sólo lo veía y luego lo dejaba en su lugar, pero un día me lo llevé y no lo devolví más. Estuvo en mis manos en cada cambio de casa en Latacunga, luego me lo traje a Quito, donde también ha sufrido varias mudanzas. El pobre está desarmado, pero sobrevive.

Capítulo IX

Una vez que revisé el libro, me di cuenta de que la foto no serviría para hacer ahora una buena pintura, es muy pequeña y de mala resolución. No puede esperarse más de un libro hecho en los años cincuenta.

Pensé que sería bueno conseguir una foto actual de la iglesia, pero el libro no daba ninguna referencia, ni del nombre, ni de su ubicación.

Le conté esto a mi amigo Carlos Piza Torres, también pintor y diseñador gráfico, con quien fuimos compañeros en la USFQ. Me dijo que hay un programa que sirve para eso. Escaneamos la foto y, ¡oh, gran sorpresa!, de inmediato aparecieron varias fotos de la iglesia, no nos quedó la menor duda de que se trataba de la misma de mi cuadro.

Pero, lo realmente sorprendente fue que decía que la iglesia no estaba en España, sino en Perú. Me resultó muy muy extraño porque el libro trata únicamente de España.

Capítulo X

Esta historia, iniciada hace cincuenta y cuatro años, no ha terminado. Tal vez, está por comenzar nuevamente. Coincidencias, casualidades o conexiones inexplicables.

¿Qué lleva a un señor con un cargo importante a comprar un cuadro a un niño y conservarlo por más de cincuenta años?

¿Qué lleva a un niño a robar un libro a su padre y tenerlo guardado toda la vida?

¿Que llevó a alguien a poner una fotografía de una iglesia peruana en un libro sobre España? ¿Fue sólo por error?

¿Qué me llevó a mí a escoger, de todo el libro, específicamente esa iglesia?

Para hacer una buena pintura de verdad, las fotos del internet tampoco son buenas. Para hacer un buen trabajo, debería ir a Perú, conocer el lugar y su historia, hacer buenas fotos o pintar el cuadro ahí.

Si hago esto, ¿con qué me encontraré? ¿a quién conoceré?

¿Cuál es mi conexión con esa iglesia?

Sin duda, esta historia continuará.



Un reencuentro posible

Por: Martha Dubravcic

I.- Sonidos y ritmos

Las voces masculinas suenan oscuras y profundas. Suenan a capela, interpretando el kapla, aquel canto que le habla al amor, a la vida y al mar. Hombres, mujeres y niños —incluida yo a mis 6 años— empezamos a bailar el Nijemo Kolo, al ritmo de una flauta que suena armónica o quizás melódica. No sé nada de este ritmo, pero me sale natural; bailo y bailo, me jalan, me llevan, todos sonríen, incluida yo.

Los yugoslavos que migraron saben que una de las formas más preciosas de regresar a casa es a través de un buen gregada, de un soparnik o de una pasticada. Todo sabe a cordero y aceite de oliva. Me zampo, feliz, un pastel de acelga, cebollas y ajos (soparnik), cuando jamás me había gustado la acelga. Y me lanzo a probar una suerte de estofado de ternera cocinado a fuego lento con vino y hierbas (pasticada). Siento el romero como propio, más las aceitunas y, aunque no tomé el vino, me adueño de él saboreando su aroma dulce.

En medio del bullicio, me salpican conversaciones y risas graves. No entiendo el idioma. Las palabras suenan difíciles, pocas vocales, ¡un idioma casi de puras consonantes! Pero lo que más me llama la atención son las voces atronadoras que se alzan como nubes de sonido. Todos gritan. “Así son, así somos”, me escuché.

Cada domingo se repetía esta escena, a la que yo asistía de vez en cuando, cada que las vacaciones me llevaban a casa de mis nonos, en Cochabamba. Así llamábamos a los abuelos. Yo, mis hermanos y mis primos, preparábamos el ánimo desde temprano: bien bañados y peinados para asistir al club yugoslavo. Mi nono nos contaba a todos para verificar que estuviéramos completos: jedno, dva, tri, četiri, pet, šest... y a pocas cuadas, empezaba todo. A ratos sentía que estaba asistiendo a un espectáculo y hasta tenía la pulsión de buscar el boleto en mi bolsillo y tenerlo a mano. A ratos me sentía parte de todo y podía sumergirme, como los grandes, a vivir y sentir el origen. Sin embargo, ellos hacían algo con una maestría imposible para mí. Cada domingo, ellos se trasladaban en un viaje onírico hasta su Yugoslavia y construían un simulacro, tan real como feliz, de aquella nostalgia. Yo me asombraba.

II.- 62 días de mar

Petar tenía 20 años cuando decidió abandonar su casa en Nerezišća, una ciudad minúscula de la región de Dalmacia, que está en la Isla Brac y en ese año, 1923, pertenecía a Yugoslavia. Allí vio por última vez la geografía pintoresca del pueblo, el aire

tibio, el aroma a olivos y el paisaje montañoso. Allí vio por última vez las mejillas con surcos de su mamá, Antica, y la figura erguida de su papá, Ante. Él lo besó y lo bendijo; ella lo abrazó y lloró. Entonces, un temblor nostálgico tomó forma de vacío y hasta sintió el hueco silencioso de un adiós-adiós, pues no existían como hoy los “hasta pronto”. En el fondo, Petar sabía que no los volvería a ver. Pero el impulso por buscar una mejor vida en América, lo llevó a aceptar la propuesta del tío Juan, quien había venido dando forma a su proyecto migratorio desde hacía dos años.

Su hermano Markos iría con ellos. Él se había despedido de sus padres dos semanas antes y la despedida pareció menos desgarradora, más bien atípica, como si se tratara de un viaje con pronto retorno. Markos los esperaría en Split, para zarpar desde allí. Ahora Ante y Antica se quedaban con el más chico de la casa, que era Juan. Sí, se llamaba como el tío migrante.

La vivienda de los Dubravcic Dasencic se ubicaba en una de las pocas esquinas que configuraban la diminuta ciudad, Nerezisca, golpeada por la precariedad de la posguerra. Sus paredes de piedra parecían reventadas por el follaje de higueras y olivos que se abrían paso. La fachada de aquella casa fue lo último que Petar miró detenidamente antes de treparse al carro tirado por burros, que lo llevaría nueve kilómetros hasta Supetar, capital de la isla Brac. Desde allí navegaría una hora y media en un barco a vapor hasta Split, un puerto agitado por el comercio y los viajeros y por el particular olor a despedidas. Split fue el último pedazo de tierra yugoslava que Petar sentiría bajo sus pies. Todo lo que vendría desde allí sería mar y América.

Petar sentía miedo y me atrevo a decir que no es cierto aquello de que la intrepidez de la juventud derrota al temor. Espigado y tallado, como la mayoría de los yugoslavos; bello de facciones y casi perfecto de proporciones, de pronto se sintió minúsculo frente al Adriático. No había vuelta atrás. Quizás porque no había mucho que perder, aunque más tarde la nostalgia le mostraría su cara más monstruosa y aparecerían los fantasmas del desapego y de la identidad perdida.

En América, la vida prometía ser próspera y segura. Su paso por el mar, durante 62 días, lo empujaba hacia adentro, a mirarse a sí mismo, pero también a imaginar un futuro que a su mente le costaba dibujar. El día 63, al amanecer, el barco encallaba en el puerto de Antofagasta, en Chile. ¡Bienvenidos a América, queridos Petar, Markos y Juan! se dijo a sí mismo.

III.- La vida, la nostalgia

No sabía si Antofagasta sería el destino final. En realidad, desde que salió de casa, si acaso tuvo una certeza, fue la de despertar cada día y descubrir más incertezas. Los dos chicos esperaban las instrucciones del tío Juan, mientras corría la noticia sobre el requerimiento de gente dispuesta a trabajar en las minas de extracción de cobre y salitre: olía a una oportunidad irrechazable. Y, así, Chile se convirtió en un destino temporal que cambiaría la vida de Petar para siempre. Sí, primero porque en los registros de migración le cambiaron el nombre —para castellanizarlo—, en adelante sería Pedro; y, segundo, porque allí conoció a Hilda, y allí nacieron sus dos primeros hijos: Antonio y Velka.

La promesa del cobre y el salitre en Chile significó una apuesta al destino, una partida de naipes, cuya baraja arrojó un Joker que lo llevó a canjear aquella vida por la promesa de la plata y el estaño en las minas de Bolivia. Sería la primera vez que Pedro haría su vida lejos del mar y, no solo eso, sino que subiría hasta la altura de las nubes, a cuatro mil metros, para habitar aquellos territorios fríos y desamparados, donde el oxígeno se extingue y la existencia entra en duda. Los centros mineros de Catavi, Siglo XX y Huanuni, resultaron ser sus nuevos dominios, y los que empezaron a tejer su nueva vida, la de Pedro, mientras Petar y su infancia iban quedando en el recuerdo.

Desconozco tantos aspectos de su vida y, sin embargo, siento que algo de esa vida es mío y que algo de la mía le entrego, cada que escribo, que pienso, que rezo y que hablo de él. Por eso, escarbar recuerdos y datos es un modo de amalgamarse y de ensayar una y otra vez el dibujo de mi pertenencia. Sigo buscando y encontrando.

Al llegar a Bolivia, se instaló en Oruro, hundió allí sus raíces y convirtió en su alma el trabajo en la minería, justo cuando el auge del estaño desplazaba a la plata. Poco después, llegaría la tercera hija, Yasna y, así, con esposa chilena y tres hijos, Pedro hilvanaba su vida con hilos fuertes, la tejió y destejió una y otra vez. Después, alguna luna lo llevó a descubrir un nuevo oficio, el de la construcción. Trabajó en ello muchos años y, aunque intento y rebusco algún dato, alguna conversación que me sea ruta para saber con quién y haciendo qué, no hay, no importa. Los yugoslavos habían conformado una comunidad relevante, se integraron a las dinámicas de la sociedad boliviana, pero quizás porque hoy invento una conexión casi cósmica con Pedro, intuyo que la nostalgia lo tomó o, mejor dicho, que se instaló en él cómo huésped silencioso, que no estorba, pero se deja sentir. Cuántas veces

se preguntaría cómo estarían en casa y cuántas —seguro muchas más— se habrá preguntado qué hubiera pasado si no daba el salto al Adriático con su hermano y el tío Juan. Yo me hago esa misma pregunta. ¿Qué hubiese sido de mí si Petar no se vestía de migrante? Nada, qué pregunta sin sentido, ni hubiera existido y, al mismo tiempo, qué difícil es hablar de no existir cuando una está aquí, bien plantada en este mundo y en su mundanal cotidianidad.

Pedro siguió en Oruro. Los hijos se casaron, hicieron vida propia, los nietos llegaban, y al final fueron 13. Conoció a todos. Ninguno le heredó —como tampoco sus hijos— los ojos azul mar; ninguno heredó su belleza. Y mientras soy consciente de esto, recuerdo las veces que me pregunté cómo mi abuela, tan poco o nada agradecida, se casó con alguien tan bello como él.

La minería tambaleaba, la nacionalización de las minas en 1952 marcaba el comienzo del fin. Oruro declinó y la ciudad empezó a vaciarse. Las principales colonias migrantes —española, yugoslava y alemana— emprendieron marcha a otras ciudades. Pedro llevaba la migración en la sangre y nada podía ser obstáculo para respirar nuevos aires, si ya había sido capaz de navegar de continente a continente. Entonces, Cochabamba fue casa y hogar, se convirtió en el nuevo lugar donde continuó resonando su historia. Llegó allí cuando corrían los años 60, y este fue su pedazo de paraíso hasta que partió para siempre, en 1983.

IV.- La casa

Huele a sal, huele a olvido, huele a guerra. Y ese olor llama a cruzar el umbral de la puerta que alguna vez existió y a respirar la esperanza del reencuentro imposible. Por dentro, huele a olivos, a higos y a uvas. No hay mucho que ver, solo escombros que se disponen como una alfombra hecha de tablas, piedras, fierros y pedazos de utensilios. No hay techo, solo una puerta, de esas que debe haber tenido cuatro vidrios en cuadrícula y que abre paso a otro ambiente. Seguramente fue un huerto, pensé en silencio, porque quedan cuatro árboles, solo cuatro, que otorgan vida a la casa. Nadie la habita desde hace cien años; las paredes han dejado caer la caliza, mientras dos ventanas de madera muestran silenciosas sus grietas, tras la hinchazón del tiempo; parecen heridas abiertas o quizás aladradas que conducen a algún lugar del pasado. Todo está allí, quieto, inmóvil, luminoso, congelado en el tiempo: la casa.

Aquí empezó todo. Aquí nació mi abuelo Petar, en 1903, y vivió hasta pasados sus 20, cuando en la ciudad no había más de 300 habitantes, pocas calles y no más destinos que un parque, una escuela, una iglesia, y casas de piedra pobladas de olivos y uvas para la producción de aceite y vinos.

—Buenos días, ¿conoce a alguna persona en este lugar que tenga apellido Dubravcic? —me había animado a preguntar, mezclando el castellano con inglés primario, mucho lenguaje de señas y gestos que resultan quizás exagerados—.

—Déjame buscar —dijo un señor de cara bonachona y colaboradora, mientras buscaba en su celular y encontró dos datos. Llamó, pero nadie contestó—.

Entre la agitación de las emociones que me producía pisar aquellas tierras, apareció la coincidencia que me trajo a donde estoy, la pieza que faltaba, el eslabón: Andrej Vranicic, hermano de un tío político, con quien la emoción de identificarnos como familia nos une en un abrazo y en unas pocas lágrimas que ambos disimulamos.

—Mi papá, Dinko, era amigo de tu abuelo, Petar. Eran íntimos amigos desde la escuela. ¿Quieres ir a la casa? —me preguntó—.

Por su puesto que quería. Sabía bien que aquello que me movía el espíritu era la intención de respirar el lugar donde mi sangre empezó a correr.

Esta vez, un vuelo de Quito a Madrid y otro de Madrid a Split, me devolvió a esta tierra. Desde Split 45 minutos de mar moderno y confortable, para llegar a Supetar, en la isla Brac. Y desde allí 15 minutos más, en carretera, hasta Nerezisca. El alma se me erizó, mientras avanzaba el bus por la carretera polvorienta. Mi corazón se agitaba y el oxígeno me amenazó con extinguirse, pese a que no estaba en las alturas de Bolivia, sino de cara al mar Adriático. Iba a una cita especial con el más seductor de los pretendientes: el origen. Llegué a la casa, la miré de frente, observé en quietud total la fachada completa, como lo hizo Petar al despedirse, aquel día de 1923.

En efecto, Petar no volvió más a Nerezisca. Volví yo para reencontrarme con él.



Todo sobre la maternidad

Por: Vanessa Aguilar Terán

—Es complicado que pueda quedarse embarazada —le dice la ginecóloga, con su maquinita encendida, paseando dentro de sí—.

—La verdad es que no quiero tener hijos —responde Ana—.

Termina. Retira el aparato y me da papel para limpiar el gel sobrante.

—Vístase y regrese—dice hacia el aire la doctora—.

Se levanta, con su dignidad completamente observada. ¿Ya para qué la bata?, se pregunta. De todas formas, intenta cubrirse, entra al baño y se cambia.

La afirmación médica no le persigue. Vuelve al escritorio de la doctora, ella insiste, pero su respuesta no cambia. Enseguida, mirando a su computadora, sintiéndola invisible, le dice:

—Pero su pareja quizás sí quiera tener.

Allí estaba Ana, con un estilo sencillo, cabello pelirrojo amarrado en una cola alta, delineado que parece llevar días allí, un lápiz de labios color carmesí y una sonrisa deslumbrante. De pie en aquel salón del Centro de Arte Contemporáneo, mientras pensaba en algo que merodea su cabeza desde que era wawa:

Naces. Creces. Te REPRODUCES. Mueres.

Pero, hablando las plenas, ¿en serio me reproduzco? ¿Es acaso la maternidad un destino inevitable?

Mientras recorre los pasillos también recuerda los juegos infantiles pretecnológicos, aquellos en los que la imaginación era la reina. Fingíamos ser madres y padres, aunque, seamos sinceras, más la primera que la segunda. Madres solteras. Madres autónomas. Madres “luchonas”. Niñas cuidando niñas o niños; aunque no niños de verdad, sino de plástico, con orificio en la boca y entre las piernas para dar y expulsar. Cambio de pañal. Cambio de ropa. Maternar.

La adolescencia, esa etapa confusa y convulsa, también hace su aparición en esa visita museística. A sus casi doce años, en medio de una tarde de juego, corriendo, jadeando, roja como un tomate en el patio de la casa de sus primos, sintió algo distinto. Lo ignoró por horas, hasta que fue al baño. Liberó su vejiga y vio algo rojo, desconocido. Vergüenza. Miedo. ASCO.

Tomó papel, lo enrolló una, dos, tres, cuatro veces, y así hasta inventar su propia compresa. ¿Qué se suponía que hiciera aquella niña?

Las demás personas no tardaron en hacerle notar, aunque erróneamente, que ya era una “mujer”. Llegaron las conversaciones incómodas. Recuerda estar sentada en

la cama del dormitorio de su madre. “Ya trágame, mundo”, pensaba, mientras papá y luego mamá —por separado desde que decidieron divorciarse— hablaron con ella. Bla, bla, bla. No recuerda sus palabras, pero sí el revoltijo en su estómago, náuseas sumadas a la inflamación de la matriz que le hacían notar que algo había cambiado.

Cuidado. ¡Pánico! Ahora, ¿qué otra cosa sucederá? ¿Qué sigue después de este primer encuentro casi traumático con su cuerpo, consigo misma?

Cuando creció un poco más, llegaron las preguntas sobre si tenía novio. Nunca supo bien qué responder. Tampoco recuerda cuándo fue la primera vez que le preguntaron si quería ser madre. Desde entonces, su respuesta siempre ha sido: “No quiero”. ¡Ah! ¡Oh! ¡Mmmm! son algunas de las expresiones acompañadas de muecas no tan bien disimuladas.

Los años pasan, pero la pregunta persiste. Ahora viene del equipo de trabajo, de la familia, de las amistades, de la pareja. “Ya mismo se te pasa el tren” o “te quedarás a vestir santos” son algunas de las sentencias más comunes.

¿Será acaso que espera la persona ideal?, piensa, pero enseguida vuelve sobre sus contradicciones y reconoce que aquella duda romantiza el amor, el matrimonio y la maternidad. Pero eso no es todo, ahora se cuestiona a sí misma sobre si todo este asunto debería girar en torno al anhelo de ser madre, más que a la idea de querer tener bebés. Si fuera así, ¿cómo podría alejarse de la idea de que el trabajo doméstico, aquellos cuidados sin remuneración, sostiene el capitalismo? ¿Cómo maternar desde fuera de los patrones comunes? y la pregunta ¿es acaso la maternidad un destino inevitable? vuelve a su mente.

Todos estos pensamientos intrusos la llevaron, casi sin darse cuenta, a la zona al aire libre en el segundo piso del centro cultural. Unas banquetas recubiertas de césped sintético la esperan; se sienta y no puede dejar de pensar en toda esa sucesión de eventualidades en su vida. Saca su celular. Escribe. Suelta. ¿Sana?

Creo que mi mami ya se ha hecho a la idea, piensa. Lo sabe. No le reprocha. Dice que siempre ha dicho lo mismo. Quizás entiende o solo finge estar de acuerdo. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Maternar. Sufrir. A este paso parecen sinónimos. No exclusivamente por el dolor de gestar, sino el de imaginarse sometida a tratamientos largos, pinchazos, intentos. Luego, “chas”: embarazo. Mareos. Náuseas. Vómitos. El dolor del diafragma de tanto contraerlo. La boca, seca. El sabor, amargo.

Eso no es todo. Eso es el principio. El vientre crece. La gente se emociona. Te topan. Te roban energía. Disimulas una sonrisa. Comezón. Estrías. Dolor de espalda. De piernas. Pies inflamados. Fatiga.

—¡Detente, Ana! —se dijo a sí misma.

Pero no para. No se detiene. Pasan los meses y la barriga crece más y más. El sueño escapa. Amarrarse los zapatos es misión imposible. El día se acerca: dar a luz. Traer una vida más a este mundo donde la distribución y las oportunidades no son equitativas. Donde la política no hace justicia a su nombre.

Llegados los nueve meses, de la entrepierna fluye una sustancia acuosa y transparente, esa es la señal. Llegó el momento. Puje. Respire. Puje. RESPIRE. Arañazo. Grito. Llanto. Tras un fatídico desgarró vaginal, se percibe en el ambiente una mezcla de sustancias y olores. Sobre todo, un olor metálico de ese líquido vital que ahora es expedido del cuerpo, pero que también es una muestra de la vida. Llega. Lloro. Existe.

Alguien le toca el hombro. Sobresaltada, reacciona. Es él, su pareja. Se saludan. Se besan. Se abrazan.

Ella alivia todos esos pensamientos porque sabe que el encuentro que viene no es fácil. Esta es una más de las conversaciones incómodas entre parejas, sobre esos temas que van acompañados de respiraciones agitadas, palabras entrecortadas, sudoración corporal, llanto, pero también de risas.

Conversan sobre la idea, ya vieja, de vivir juntos. “Creo que es momento de que construyamos nuestro hogar”, coinciden. Pero también hablan de las expectativas de esta nueva etapa a la que desean lanzarse, así como caer al vacío. Sin certezas, sin claridades, sin nada, más allá del compromiso de crear el famoso “para siempre”.

Cierran su conversación estrechando sus manos, cerrando el pacto de vida, ya no solo de los dos, sino también para dejar en firme el acuerdo de que en tres años intentarán tener hijos.

Y es que materner conscientemente, desde la planificación, la ternura y el cuidado compartido puede ser revolucionario, ¿no lo crees?



Ella

Por: Pablo Carrillo Galarza

No es de aquellas que pueden pasar desapercibidas. Su actitud, su presencia, te hacen saber que vive un palpar diferente. Siempre hay en ella algo de esa arrogancia que no te perturba ni te incomoda. En ella conviven —en extraño equilibrio— aires de despreocupación y de solemnidad, alternando siempre a su voluntad. No es fácil tratarla, pero conocerla más intensamente se vuelve inevitable, tensionando los límites de la tolerancia.

En la mañana me sentí dispuesto a confrontarla tal como la percibí: luminosa, alegre, fresca, pero extrañamente impersonal. Cuanto más me acercaba, reparé, me adentraba en sus dominios e iba menguando todo lo que preparé para aquel día. Con su gesto matutino proponía casi no conocerme y sentí que esa actitud me perturbó. En cuanto quise reaccionar me di cuenta de que era demasiado tarde. Esa actitud, si quizás inició como una opción, se volcó en toda ella, la construyó completa y se dispuso a caracterizarla de cuerpo entero.

Estaba concentrado en entenderme en esa situación, cuando reparé en que se esforzaba por verse natural mientras procuraba mirarme de reojo. Ese detalle me hizo recuperar plenamente mi control interno, desvaneciendo esa sensación que me había recorrido unos segundos atrás y, por una fracción más, tuve esa leve tensión que me venía cuando se presentaba algo inesperado.

Un viento gélido me llegó desde su mirada. Ya era evidente. Concluí que se trataba de una determinación asumida de un día a otro, para prescindir de mí aquel día. No alcancé a comprenderla. Ella sabía que su vida y mi destino estaban entrelazados, era algo inevitable.

Tuve que hacer un nuevo esfuerzo por conservar la armonía. De alguna manera, y sin comprender por qué, entendí de pronto que su vida no dependía de la mía, pero sí la mía de su presencia. Regresé hacia mis reflexiones y comprendí que una de mis más fuertes convicciones acababa de caer y destruirse sin más ni más. Toda mi formación, mi aprendizaje, me habían llevado a concluir, desde siempre, que el destino no existe, que el espíritu es libérrimo, que el pensamiento no tiene ataduras, que el libre albedrío es el equivalente al Santo Grial y que, por lo tanto, nada ni nadie puede decidir por uno o sobre lo que a uno le corresponde.

Me descubrí comprendiendo, en un lapso igual a la nada, que en esta ocasión la decisión prácticamente no me correspondió. Cuando regresé de mis pensamientos, ya se había alejado y aquella distancia entre los dos me sumergió en un oscuro y vacío sentimiento de soledad, de abandono.

Mi gesto fue interno, íntimo, algo así como un pensamiento que no llegó a tomar forma ni a ocupar espacio. Una vez más el hábito me hizo conservar la misma mirada, la actitud de siempre, el porte que viene con la cuna y que crece con las letras y con la calle. Ella sabía — muy bien lo sabía— qué implicaba mi inmovilidad y que no podía confundir esa presencia con un ser petrificado como tantos que ya contaba en sus agendas pasadas. Ella sabía que, si la distancia que ponía entre los dos en cada paso que daba, no me lograba doblegar, sus días y noches futuros seguramente se llenarían de ruido, de nombres, de luces, pero que, hasta allí, desde aquel día, su existencia perdería significado y contenido.

Ni por necesidad se quedó ni por orgullo avanzó. Simplemente se detuvo. No volteó a mirarme, pero estoy seguro que sintió mis poros distenderse y presintió el aire que largamente exhalé. Simplemente se detuvo y decidió quedarse.

La tensión que me provocó aquella situación me llenó las neuronas. Me impuso un encierro de varios días en mi estudio, dedicado a garabatear en todos mis cuadernos de apuntes todo lo que me fue posible. Nada de lo que escribí tenía sentido. Carecía de coherencia, padecía de apatía, desbordaba levedad. Nada de lo mucho que leí se me quedó en el entendimiento. Pero ese acto incontinente de rayar y escribir en una hoja tras otra, sirvió finalmente para canalizar los hechos vividos y, si bien es cierto no puedo comprender qué sucedió, dejó de perturbar mi pensamiento y mi buen ánimo para mirar cada nuevo día.

Dispuesto nuevamente a salir, aquella mañana se presentó con una llovizna menuda pero constante. Me refresqué con un baño tibio y me cargué con un café caliente; me acurruqué en mi bufanda escocesa y, antes de salir, le pedí que esté lista para encontrarnos. Mientras conducía, escuchaba mi selección de blues instrumental.

Pensé encontrarla indiferente, distante, aunque debo reconocer que eso no se corresponde con su estilo. El ambiente aletargado por el frío y la lluvia, la neblina algo densa, le aportó al aire sereno que traía aquel día, un gesto de cercanía y de vanidad que siempre estaba dispuesto a valorar. Eran aprendidas, pero ya se le daban naturales aquellas miradas directas, aunque suaves, sostenidas y cálidas a la vez, con las que creaba una intimidad a la que quería corresponder.

Sé que hace tiempo había renunciado a intentar quebrantarme y me hizo saber que disfrutaba, en nuestro primer encuentro de cada día, reflejar su serenidad en mis ojos que jamás dejaban de escudriñar en los suyos, sin intimidarse.

La sentí calmada, interesante, dialogadora. Me llevó por sus calles y me dejó llevar. Me detenía con frecuencia para dejar constancia de uno u otro detalle de esa fachada o de aquel paisaje. Me dejó llevar por su ímpetu y renovada alegría. Me dejó estimular por sus vientos que despertaban en los sentidos otros niveles de consciencia corporal. Le permití asirme del brazo para acurrucarse en mi costado al momento en que la lluvia arreció de nuevo y me descubrí conforme, satisfecho de tenerla nuevamente cercana y ser cómplice de sus caprichos.

Saltando charcos y temas de conversación, de pronto me pidió abrir mejor los ojos para apreciar lo que del centro histórico de la ciudad me quería platicar en detalle. Empezó por validar, orgullosa, sus quinientos y más años de historia y desarrollo que continúa. Me desmenuzó los detalles de su origen, de sus genes diferentes, de su gente diversa, de sus luchas y angustias; de las vertientes de sus diseños, de la complejidad de su día a día; de sus progresos y de sus necesidades, de su presente y su porvenir. De que su aire, antes y ahora, es la cuna de la libertad, y de los hombres y mujeres que luchan por ella sin renunciar.

En aquel momento, fue inevitable: percibí su excitación. Era una mezcla absurda, imposible, de pasión y ternura que inundó el ambiente, entraba a los pulmones y se exhalaba por la piel. Sin ruborizarse, se valió del viento para arrastrarme a la esquina que decidió que es la más hermosa, allí en la García Moreno y Sucre. Al borde del éxtasis, me embarcó en un viaje en el tiempo mientras me participaba, con el mayor detalle posible, todos los elementos que conforman el edificio que fue el Banco Central del Ecuador: que si el diseño original del arquitecto Francisco Durini Cáceres fue modificado de manera radical al punto que tiene más de Art Nouveau que de Neoclásico; que si su fachada es de hormigón imitación de piedra y su elevado balcón esquinero está coronado por dos cóndores gigantes y dos damas que portan elevadas antorchas; que si se procuró favorecer la iluminación natural en el edificio colocando estructuras de metal y vidrio en varios lugares; que si actualmente y luego de un tiempo de total abandono funciona allí el Museo Numismático Nacional.

En una manera que jamás conocí, fui testigo de la forma en que sostenía la respiración y el éxtasis, mientras me conversaba, con la misma pasión, de la iglesia y convento de la Compañía de Jesús, de sus mínimos detalles, de cómo conjuga en su fachada varios estilos, como el barroco y el mudéjar o morisco que se observa en sus

pilares, donde predominan las formas geométricas evidenciando la influencia árabe; de que toda la fachada —cornisas, columnas, querubines sagrados, corazones— está labrada en piedra volcánica andina, mientras su decoración interna destaca por sus láminas de oro y el artesón abovedado de molduras de estilo morisco y persa; de cómo el Cabildo había entregado los solares para la construcción de las iglesias a los mercenarios, los franciscanos, los dominicos y los agustinos; y de cómo los jesuitas, poco a poco, fueron adquiriendo varios solares hasta contar con una importante manzana en la que desarrollaron su complejo clerical. Y que allí funcionaron el Seminario San Luis, el Colegio Máximo, la Universidad San Gregorio Magno y el Colegio San Gabriel; de sus diseñadores, de sus mensajes ocultos, de su perfección de la que se alimenta cada día y cada noche.

Apenas entonces reparé en que mi cuerpo entero se había entregado al momento con tal intensidad que estuve a punto de colapsar. Me vi obligado a buscar un lugar donde recuperar el sentido del ser y estar. La invité, pero de pronto me miró desde su propia confusión y, sin despedirse, se alejó. En el Tianguetz de siempre, en aquella plaza tan de mis ancestros y tan mía, mirando aún confundido y admirando desde atrás las cúpulas de La Compañía y el empedrado de San Francisco, varios sorbos de vino caliente me ayudaron a recuperar el pulso, la respiración. A la vez, me calmaba, volví a pensar en ella.

Aquel encuentro con la historia de la sangre de mi sangre fue tan intenso, que pedí que el siguiente fuera en otro lugar. Propuse para ahora aires de modernidad. Aceptó de buen agrado mi sugerencia y relució un gesto de orgullo tan suyo que no le sentaba nada mal. Ven, me dijo, te mostraré cómo conviven y se hacen el amor las líneas de los más particulares edificios y las siluetas de las colinas y montañas que los rodean. No dijo más. Intencionalmente, dejó el resto a mis ojos. Siempre que la observaba, supo que lo hacía más con la intención que con la mirada. Esa ocasión se me manifestó especialmente vanidosa. Entendía que le correspondía conjugar los colores de su ánimo con los azules del cielo despejado, los verdes de las montañas circundantes, los movimientos de los bosques siempre presentes, los vientos, las aves. Mas lo hizo sin esfuerzo. Tan sutil como recorría por varios bulevares, me llevaba a admirarla de cuerpo entero en los cristales de uno y otro edificio. Apenas me había diseñado sus horizontes desde la más elevada terraza, me involucraba en los árboles de gigantes parques o me bajaba a los valles alegres de modernas

construcciones. Me detuve y la obligué a detenerse. Quería contemplarla, necesitaba admirarla un momento. Deseaba llenar mis sentidos de ella, de su hermosura, de su ritmo intenso, de su jovialidad, de su resplandor, de su imponente presencia, de su actitud hacia mí.

Más que abrazarla, debía respirarla, necesitaba inhalarla, aspirarla hondamente, llenarme de su olor. Necesitaba ya hacerla mía. Y ella, en silencio, sin agregar nada, decidió entregarse.

La tarde terminaba. Los rayos del sol hace rato que no abrigaban y, finalmente, dejaron de alumbrar. En un momento por mí tan esperado, ella finalmente se aquietó, aspiró profundo, bajó los ojos y luego los cerró; una brisa inesperada recorrió por su silueta.

De pronto, estalló su amor en cientos y miles de reflejos, de luces que se encendieron por todos sus rincones y en todos los colores, titilantes, iluminando esta unión de los dos que se repite cada vez al llegar la noche, tu noche, ¡bella, radiante, culta y elegante ciudad San Francisco de Quito, dama de mi amor!



Carta al portador

Por: Marco Carrera Freire

Hoy mientras pretendo escribir este texto me enfrento a una página en blanco. Observándole en toda su extensión, busco palabras que salgan espontáneamente a flote desde sus profundidades, pescándolas una por una para ensamblar frases coherentes con mi realidad de este momento; para que si alguien lo lee intuya quién pude haber sido, quién soy o quién hubiera querido ser.

Fui bautizado con el nombre de Marco, estoy cercano a cumplir 63 y soy el primero de tres hermanos. Tuve una niñez y una adolescencia dentro de lo que podría calificarse como normal, bajo la protección y tutela de mi papá y mi mamá. Tomé una concepción más real de lo que sería mi vida cuando ingresé a la universidad, que me obligó a asimilar con gran esfuerzo el conocimiento de una carrera profesional que, supuestamente, me garantizaría un futuro promisorio.

Poco tiempo después de graduarme, empecé a trabajar en una industria procesadora de acero, en la cual me quedé por casi treinta años. A los cinco años de haber comenzado a trabajar, me casé con la que hasta ahora es mi esposa, y con la cual procreamos una hija y un hijo.

Siempre me gustó viajar y conocer extranjeros, lo que era frecuente en vista del trabajo de mi papá, que se dedicaba al transporte de pasajeros. Y, cuando empecé a trabajar, tuve la oportunidad de seguirlo haciendo por las actividades propias de mi profesión. Siempre trato de conocer nuevos lugares y personas, aunque con menos frecuencia que antes, porque ya que estoy jubilado desde hace algunos años.

Aún no he compartido esto con nadie, pero he comenzado a tener problemas con mi memoria de corto plazo. No recuerdo con facilidad los nombres y las fechas de ciertos hechos. Sé que debería consultar con un especialista, pero aún no sé cuál me podría ayudar.

Algunas veces me encuentro con personas que me identifican, pero yo a ellos no; conocen mi nombre, yo les recuerdo vagamente, pero no sé dónde los conocí. Cuando me dan pistas, apenas ubico sus rostros. Tengo recuerdos como musgo adherido al árbol de la vida. Mis vivencias se presentan ante mí como fantasmas que prefieren visitarme cuando estoy a solas; al parecer, les da miedo revelarse cuando hay otras personas.

Hoy, en pleno uso de mis facultades, espero que quien, alguna vez, me encuentre sujetando esta carta, lea con detenimiento y esté consciente de que ya no puedo tomar mis propias decisiones y lo hagan por mí, a pesar de que yo me niegue. Porque lo peor que me podría pasar en la última etapa de mi vida es que mi memoria

sea la primera en abandonarme a mi suerte y no reconozca a quienes me quisieran ayudar.

Últimamente leo mucho, a veces encuentro textos escritos por otros y me identifico con ellos. La sabiduría adquirida hasta ahora me susurra que la vida humana, a pesar de ser imperfecta y efímera, merece ser vivida. Aunque la juventud se volatilice, el músculo se atrofie y terminemos arrastrando los pies.

He llegado a este punto de inflexión en mi vida, medito acerca del camino y no me puedo quejar, creo que, haciendo el balance de mis experiencias, el saldo es positivo a mi favor. Procuro no guardar resentimientos, ni arrepentimiento. Antes lo planificaba todo: sabía cuáles eran mis objetivos. Hoy, a veces me ausento de mi rutina diaria e ingreso en un túnel, no sé cuándo llegaré a su salida, y tampoco me importa demasiado. Estoy en paz, no le reprocho nada a la vida, me gusta tal cual es, ahora mismo nada me duele. Solamente creo no haber amado tanto como hubiera querido, pero lo poco fue muy intenso.

Siempre me ha gustado la playa, el mar, lo he compartido con mi esposa e hijos. Mi sueño todavía no cumplido es culminar mis días sentado en la playa, leyendo un buen libro mientras observo de rato en rato el horizonte liso y lejano, respirando el aroma salado y rindiéndome ante sus ocasos fulgurantes mientras muere el día una y otra vez.

No sé cuándo debería entregar el mando de mi vida, supongo que todavía me faltan algunas batallas que pelear, por mí o por otros. Sin embargo, siempre estaré listo para enfrentar la última, sabiendo que llegaré a esa cita casi desarmado y sin pertrechos, con la única certeza de que no sobreviviré en el enfrentamiento. Cual soldado espartano ofrendaré mi derrota al infinito en las postrimerías del último ocaso.



La horda de los desaparecidos

Por: Carina Sandoval

En la horca negra bailan, amable manco,
bailan los paladines,
los descarnados danzarines del diablo;
danzan que danzan sin fin
los esqueletos de Saladín.

A. Rimbaud, Baile de los ahorcados.

En el amplio patio, la noche se tiñe de un negro impenetrable, en donde la luz no tiene cabida. Y ese color espeso se esparce por el resto del vecindario rural, se extiende sobre la hierba, sobre las casas y los animales, que como si supieran algo que no pueden contar, se acurrucan en silencio con pequeños gemidos, aullidos cortos y apremiantes.

También lo sienten los pocos habitantes de los “bosques y palenques”. Su instinto primario los lleva a cerrar las puertas, las ventanas y cubrirlas con plásticos y cortinas. Se agolpan en un solo rincón de sus casas y juntos cierran los ojos, esperando la luz de un nuevo día.

Los árboles, impasibles y sabios como seres de otro tiempo, se estiran, emiten un último sonido antes de acurrucarse y moverse al son del viento, un ser invisible y rebelde que se atreve a correr, susurrar, silbar y reírse cortamente por todo el sector, a esas horas.

La ciudad está lejos. En este lugar aún se respira un poco de oxígeno y se percibe el olor a tierra mojada. Ha llegado la hora de descansar, el letargo se siente como una capa que cae sobre el cuerpo y los párpados. En medio del silencio, llevo a acostar a mis hijos de 8 y 2 años, beso sus frentes y dejo con ellos mi amor completo, con la esperanza de que sea suficiente protección para la noche que viene.

El sueño también parece llamarme; sin embargo, a modo de súplica, con la respiración entrecortada y agitada, pienso y solicité en voz alta:

—Que esta noche no vuelvan a despertar.

Me armo coraje y fuerza. Y en mi mente repito un mantra:

—¡Esta vez no me buscarán ni me llamarán.

Y, con esa ira latente, duermo.

Duermo, duermo, pero, de pronto, un sonido leve me levanta. Con los ojos semi abiertos miro a mi lado izquierdo y la cortina de la ventana no está cerrada. Escucho

sollozos, no están muy lejos, y siento cómo cada vez se acercan más. Y empiezan a cruzar: ¡ellos están pasando!, ¡son muchos! El patio es grande y llenan todo el espacio, los siento casi tocarme y me aferro a las cobijas.

Escucho nuevamente sus lamentos, son dolorosos y eternos. Sus pies raspan el piso, sangran sin sangre, rompen sus uñas y dejan vestigios. Su búsqueda no acaba y su pena es infinita, como su nostalgia por regresar a casa. Los siento, siento su presión en mi pecho y estómago.

Me deslizo lentamente al suelo, quiero cerrar suavemente la cortina, escucho sus pasos, sé que están perdidos en una dimensión desconocida, que solo desde lo onírico se logra ver. Sus sombras son grandes, pequeñas, es una horda con hombres, mujeres, niños, niñas, adolescentes, jóvenes y viejos. Todos sin rumbo fijo.

Buscan y no encuentran, siento nuevamente su nostalgia.

Saben que estoy aquí. ¿Pensarán que soy yo?, ¿me buscarán a mí o a los míos? ¡Tal vez regresen todas las noches!

Decido quedarme bajo la ventana, encogida, tiritando. Pero una ira inexplicable me empuja a moverme despacio, agazapada y apegada a la pared. Me deslizo por el piso, pero siento sobre mi espalda semidesnuda sus dedos fríos y desesperados. Solo yo los siento, ellos no a mí, están como adormecidos, como muertos.

Me arrastro lejos del cuarto, logro pararme al otro extremo y los miro.

Me despierto empapada de sudor, asustada, temblando, sintiendo cada arañazo como si hubiese sido real. Regreso a ver el reloj de mi velador, situado a mi lado derecho. Es de madrugada, aún no amanece y la negrura de la noche todavía está presente. Apenas hay una luz fuera de la ventana de mi apartamento, es la luminaria del poste, que ingresa directamente por los filos de la cortina desplegable. Me quedo sentada, evitando volver a dormir y recuerdo ese jueves catorce de enero. El principio de todo.

Jueves catorce de enero

Era una época de constantes crisis energéticas, de escasez, los apagones sucedían continuamente y a veces de forma repentina.

Recuerdo claramente que entre los apuros de llegar a la universidad y la lluvia imparable de esos años, en los meses de enero, con mis tacones agujereados subía por el camino de piedra y césped de la facultad. De repente, sentí un rayo caer muy cerca de mí. Me asusté tanto, que mi corazón pareció detenerse por un instante, creí que

había muerto. Sin embargo, una bocanada de aire llenó mis pulmones, pegué un salto y salí corriendo, sin entender bien qué había sucedido.

Todo empezó ese día, eso lo sé y no ha parado, es como una ola de malos recuerdos y encuentros indeseados e inesperados, de sueños y ensueños repetitivos, noche tras noche. Ese día, mientras yo corría en un extremo de la ciudad, él se esfumaba en otro.

Al día siguiente, recibí una llamada, mi hermano no había llegado a casa y sus amigos no sabían dónde estaba, esperamos el día y la tarde para ver si había alguna noticia. Fuimos a la policía a poner una denuncia por desaparición.

—Señorita, por favor, las denuncias se reciben pasadas las 48 horas —nos dijo el policía, con ira, y mientras se limpiaba con la lengua los restos de comida—.

Bitácora

07:00 a 12:00: Mariano cursaba el último año de secundaria. Ese día era el último previo a los preparativos de la graduación y debía asistir a un ensayo y de ahí retirarse a casa. Pero él y sus amigos habían acordado ir a comer y pasar una tarde de juegos, previo a todo los acontecimientos que vendrían en los próximos días y semanas. Él, a pesar de sus cortos 17 años, ya era un hábil motociclista y ese día decidió ir a bordo de su moto.

13:00 a 18:00: comida, juegos de video y bebidas alcohólicas en casa de su mejor amigo, Alexis.

18:00 a 18:30: un poco más sobrio, Aníbal se da cuenta de que Mariano se quiere ir en su motocicleta. Aníbal y Alexis deciden quitarle la llave para que no se vaya.

18:30 a 19:00: Mariano logra descuidar a sus dos amigos; usa una técnica para prender la motocicleta sin llaves, que le enseñaron para casos de emergencia, pero esto implicó quedarse sin luces. Sus amigos salieron corriendo, pero no lo alcanzaron, llamaron a su teléfono celular, trataron de contactar a su mamá y no lo lograron. Fue la última vez que vieron a Mariano.

19:00: apagón a nivel nacional y lluvia torrencial.

Las medias cafés

Lo buscamos en un desfile de cadáveres que esperaban un congelador vacío. Cuerpos sin nombre esperando una familia que les llore y les entierre. Mientras siguen

en esa dimensión desconocida, de no saber quién son, hay una angustia que va más allá de la vida, es un hilo invisible que conecta esos cuerpos con este mundo.

También lo buscamos entre cuerpos sobre camillas, que aún respiraban en un halo débil entre la vida y la muerte, entre la cordura y la locura, entre la desazón de no saber quién son. Ellos también, a través de un artilugio onírico, caminan, corren, vagan por la dimensión desconocida.

Nos dividimos en grupos, sus amigos detuvieron sus exámenes y sus vidas. Yo los veía desde los rincones, llorando y angustiados, su trajín los obligaba a llevar su angustia como una piedra cuesta arriba, repitiendo esto sin parar.

Peregrinamos entre la morgues, escarbando entre los entubados, los inconscientes botados en rincones de los hospitales, en UCI, o en emergencias. Cada ingreso a las morgues implicaba que debía atragantarme un pedazo de chocolate. Era mi única forma de enfrentar ese tipo de situaciones.

Pasaron varios meses

De pronto, una llamada de un amigo cercano:

—¿Oye, tu hermano tenía medias cafés?

Lo pensé, me quedé en silencio. Lo primero que pensó mi cabeza fue: ¿cuándo te fijas en las medias de una persona?; y, de forma indescriptiblemente rápida, creó escenarios con probabilidades:

1. Casi nulas: cuando el individuo está de pie.

2. Mediana probabilidad: cuando el individuo está sentado y si son extravagantes o atípicas, pero no si son un simple café.

3. Alta probabilidad: cuando el individuo está acostado, pero, si estuviera hospitalizado, no tendría medias.

Y supe, sin que nadie lo dijera, que las medias cafés no eran un detalle cualquiera. Eran el aviso final. El cuerpo había sido encontrado.

Los rostros en el piso, en la camilla y ahora en la pantalla

Años después, ya no busco cadáveres o cuerpos en camillas, proceso números, edades y nombres. Todo cabe en celdas de Excel. Mis juntas ahora son virtuales, ya no necesito salir, el constante insomnio tampoco me lo permite, solo salgo a la tienda, de vez en cuando, o alguna reunión corta y muy puntual con la familia. Hoy me convocaron a una junta, que empezó más tarde de lo que esperaba. Después de la habitual bienvenida, empezamos a contextualizar el procesamiento de la

información numérica y los sistemas empezaron a desfilan, mostrando sus atractivas colas de datos. Esperen, ¿qué es eso? Y, frente a mi ojos, se abre una cola de cédulas, de rostros, nombres, edades, colores de ojos y cabellos, diferentes o parecidos, apellidos y nombres de toda clase. ¡Es gente!

—Verá ingeniera, ¿si ve la pantalla, verdad? Este señor, por ejemplo, que tiene la cédula de identidad xxxxx, la última foto que envió a su familia fue en el aeropuerto de México. Al parecer se fue en búsqueda del falso sueño americano. Ya han pasado dos años y no se sabe nada de él. Este otro ingresó al hospital xxx y tampoco aparece. Y, ¿si ve a este joven? Es por el que están demandado estas oenegés de derechos humanos, ya que hay una supuesta desaparición por parte de los militares. Aunque usted sabe cómo son esas organizaciones: mienten. Pero eso dicen. Como usted puede ver, ingeniera, los desaparecidos en este país son tantos, son muchos, son, cómo le digo, ahh, son como una horda, una horda de desaparecidos.

Hiperventilo, trato de mantenerme cuerda. Cada angustia que viví, cada minuto buscándolo, cada trauma regresa como un torbellino y salgo de la junta virtual.

Abandono el proyecto.

Veintidós mil desaparecidos en tres años en Ecuador. Pero los míos siguen viniendo cada noche. No están en los datos. Están aquí, en mis sueños, esperando que alguien los encuentre, que alguien los dote de algo de humanidad.

Hey, es por la izquierda

El sutil canto de la noche retumba y produce en los ojos espasmos, las luces alumbran el silencio y el fino hilo del desvelo me sumerge otra vez en el mismo sueño. En el amplio patio, la noche se tiñe de un negro impenetrable, en donde la luz no tiene cabida. Beso a mis hijos, la gente se esconde, yo ruego por no volver a verlos, los escucho, caminan desesperados, la ventana está abierta, me escabullo por el piso, agazapada. Buscan y no encuentran, siento nuevamente su angustia y nostalgia.

Sé que saben que estoy ahí, ¿pensarán que soy yo?, ¿vendrán en mi búsqueda o en la búsqueda de los míos? ¡Tal vez regresen todas las noches!

Me arrastro lejos del cuarto, logro pararme al otro extremo y los miro.

Esta vez, ellos también me ven y, mientras se acercan, desaforados, como a devorarme, apego mi espalda a la pared. De pronto, escucho un susurro:

—Hey, es por la izquierda.

Se abre una puerta a mi lado izquierdo, corro y logro entrar. Es una casa tipo industrial de dos pisos, con una iluminación y amplitud considerable. El recibidor es ovalado y me lleva a unas gradas, las subo despacio, dudosa, y encuentro un cuarto. Lo veo ahí parado, ¿es él? Sí, es Mariano.

Sonríe y me dice:

—¿No que no se mira jamás a la izquierda? Ja, ja, ja. ¿Qué haces aquí?. Ya sé, ya sé, no me digas. ¿Me sigues buscando en esos rostros, verdad?

—Es qué no te encontraba y a ellos tampoco los encuentran.

—Yo ya no estoy y todo lo humano que algún día ellos y yo fuimos, se extinguió. Son sombras, no humanos, la sombra que todos tenemos y que arrastramos. Esa podredumbre que dejamos a nuestro paso. Ya debes irte.

—Quiero abrazarte y pedirte perdón.

—¿De qué? ¿De algo que tuvo que pasar? ¿De algo que no puedes cambiar? Ja, ja, ja. Sigues siendo dramática, ¿verdad? Yo ya no estoy, y ellos tampoco.

En el amplio patio, la noche se tiñe de un negro impenetrable, en donde la luz no tiene cabida. Y ese color espeso se esparce por el resto del vecindario rural, se extiende sobre la hierba, sobre las casas y los animales, que como si supieran algo que no pueden contar, se acurrucan en silencio con pequeños gemidos, aullidos cortos y apremiantes.

También lo sienten los pocos habitantes de los “bosques y palenques”. Su instinto primario los lleva a cerrar las puertas, las ventanas y cubrirlas con plásticos y cortinas. Se agolpan en un solo rincón de sus casas y juntos cierran los ojos, esperando la luz de un nuevo día.

Au gibet noir, manchot aimable,
Dansent, dansent les paladins,
Les maigres paladins du diable,
Les squelettes de Saladins.

A. Rimbaud, Bal des pendus.



La perversidad del ser uno

Por: Ibeth Ordóñez

Documentos importantes, camisas, pantalones, ropa interior y un par de fotos familiares del cumpleaños de mi madre, lo básico para esa supervivencia moralista cuestionable. Los zapatos que por años transitaban este que ha dejado de ser su hogar. La nueva habitación, que en realidad tiene aspecto vetusto, es pequeña y en ella no caben los recuerdos que no pudo empacar en las bolsas de basura. El clóset es angosto, de cemento y tiene un tubo de metal aún sin armadores. No hay área de cocina. No hay comedor. No hay sala. No hay hogar. Solo una puerta principal que, al abrirse, revela una cama junto a otra puerta corrediza que dirige al baño.

El nudo que se produjo en la garganta de mi niña herida fue la señal de que donde hay dolor, hay algo pendiente por sanar. Una especie de herida que ya había sido causada y había permanecido en suspensión. Un recordatorio de aquello en lo que podemos convertirnos. Abracé a mi hermano, que lleva el mismo nombre de mi padre, a quien también había abrazado frente al mismo escenario. La diferencia fueron las fundas de basura en lugar de cartones y sacos de yute.

—¿Crees que a mí no me duelen estos 10 años con mi esposa? —preguntó, mientras me veía rota—.

—No te vayas —supliqué, desde mi niña herida.

—Solo no te abandones a ti misma y, si necesitas ayuda, aquí estoy para sostenerte —concluyó y continuaron empacando.

Se fue.

Hermético, callado, introvertido. Así era Jesús, nuestro padre, quien no logró salvarse a sí mismo ni hallar el camino hacia su propósito. Quizás en otra vida. A ese Jesús le faltó amor, principalmente el propio, carecía de compasión y perdón a sí mismo y, en sus intentos de encontrarse, fue desleal con su propio ser. Por eso, creo profundamente que llevar el nombre de un ancestro es la continuidad ininterrumpida de cargas emocionales, patrones y memorias transgeneracionales que heredamos de forma inconsciente.

Jesús es el hombre que yo más amé, amo y seguiré amando, aun cuando se iba de casa. Incluso ahora que partió de este plano, sigue siendo mi contacto favorito en mi teléfono porque con él yo podía hablar horas y nos escuchábamos mutuamente. Aunque los últimos años, por su Alzheimer, confieso que las visitas de los fines de semana fueron menos, para evitar el dolor que me producía darme cuenta de ya que no me recordaba.

Desde que me mudé a Guayaquil viajaba casi todos los fines de semana para ver a mis padres en Huaquillas, en el sur del Ecuador. Incontables domingos me vieron

partir y entregaban mi vida a la Virgen de El Cisne, a la Virgen de Chilla, a Dios, al universo, a la vida y, a pesar de las constantes despedidas, nunca aprendí ni aprendo a decir adiós a los lugares y personas que amo.

Durante mi viaje a Bolivia le pedí a la Pachamama por mi padre. Fue el primer viernes de mayo, lo solté e imploré que ya no sufriera. Partió el último viernes del mismo mes. Ese mismo día había sido despedida de mi trabajo y fue la señal más clara de que una etapa había terminado. En el mundo holístico, el padre representa el trabajo, el éxito laboral y la relación con los otros; así que este estado de aprendizaje, de procesos de sanación permanente y de enfrentamientos con el miedo a no comprender el propósito de Dios conmigo, lo acepto y lo elijo con absoluta consciencia durante este viaje inusual.

Como requerimiento genuino para recordar la herida de cada cicatriz, he emprendido este viaje, que es un reencuentro conmigo misma, con mis raíces, mi esencia y mi propia historia, que es mi herencia y mi mayor fortuna. Una visita al pasado que me promete reconocer los orígenes de mi inseguridad actual.

La Gloria de pequeña deseaba morir. “Quiero morir”, se repetía una y otra vez. Mientras escribo esto, me doy cuenta de que no puedo estar más muerta después de perder al hombre que más amo, mi padre, así que también estoy en duelo por mi propia muerte.

Mi padre no me dio un coche, en lugar de eso me metía en un cartón que, cual gato, yo adoraba. Las noches en que no había luz en casa, por falta de pago, encendía una vela. Cuando las ollas estaban vacías y el tendero no fiaba, me ofrecía galletas con atún. El hombre que más amo enamoró a mi madre escribiéndole poemas y me hacía inventar cuentos sobre cualquier cosa para contárselos antes de dormir. Él guardaba entre sus libros el calendario de aguajes de cada año; me llevaba a pasear en bote y me daba su mano para sostenerme al subir y bajar; me llevaba a nadar con los camarones, yo tenía la sensación de que estaba en un mar y que ese mar en lugar de olas tenía una bomba que hacía salir espumosa el agua. Ahí la electricidad era escasa, me parecía muy ruidoso, pero necesario el precio que había que pagar por unos minutos de Sábado Gigante o las canciones de Julio Jaramillo que, gracias a mi padre, amo.

De la camaronera mi padre y yo también amamos el silencio, el carácter del viento, la calma y el sueñito que nos provocaba subir a las hamacas con huequitos hechas con redes de pesca. Para mí, un padre al que le agradezco y honro por la vida que me dio.

Estoy segura de que me amó como pudo, con todo su ser. Antes de partir, bendijo mi vida, mi matrimonio, mi hogar. Este vínculo de amor divino que, por cosas vanas de la vida, a veces pienso abandonar, aunque reflexiono sobre los aprendizajes y la promesa que me hice.

Mi nombre es Ibeth, y el primer hombre en desnudarme fue mi padre. “Es niña”, escuchó perplejo mientras desarropaba mis partes íntimas para corroborar que tengo vulva. No fui planificada, pero sí deseada, a pesar de las complicaciones de mi madre, una mujer cuarentona con descenso uterino producto de seis partos previos y un aborto; todos varones. Nací en Sábado de Gloria, de ahí mi primer nombre. Gloria, como nombre propio, también corresponde al nombre de mi madre, con una historia marcada por el abuso, la violencia física y psicológica.



La sentencia del figre

Por: Lenin Tinajero

A través de los ventanales de los antiguos edificios se puede divisar la plaza y las viejas calles de la ciudad que se agita conmovida, como un gran hormiguero bajo el bombardeo de un profundo cielo gris, que empieza a derramar sin consuelo sus lágrimas recolectadas en el páramo. Frente al repentino aguacero las personas corren apresurada, se abren sombrillas y paraguas para evitar que se mojen sus acomodados peinados. Es el miedo a mojarse, a enfermar, a tropezar y hacer el ridículo. Algunos intentan alcanzar un taxi o entrar a un restaurante para evitar a toda costa las gotas de agua, como si ya no pudieran secarse nunca más, como si la lluvia les dejara una marca de vergüenza.

Abajo, en la plaza, los teatreros populares, malabaristas, payasos y titiriteros —junto a algunos vendedores informales de confites y chucherías— están reunidos bajo los techos de las casas viejas que rodean la plaza, en los umbrales de las puertas guareciéndose de la lluvia. Uno de ellos, tal vez el viejo ‘Enano Araujo’ o el famoso ‘Botón’, pidió al faquir que contara uno de sus relatos, pues también es grande su fama de cuentero.

Agapito Preciado es el último faquir de la ciudad. Piel de ébano, muy alto y delgado, sus brazos como juncos enredados y tensos, cabello corto y ojos que recuerdan la mirada de un brioso corcel. Se viste modestamente, nada extravagante a sus más de 50 años: solo un reloj dorado que guarda siempre que va a presentar su espectáculo. Lleva consigo un costal lleno de botellas de cristal, machetes y otros artilugios que utiliza para su función.

Es originario de la ‘Provincia verde’, aunque más del monte que del mar. De hogar humilde y marginal, desde muy niño tuvo que ganarse el pan: trabajó en el cultivo de café, la caña, el banano, fue pescador de catanga, fue pechele (cosechero de camarón) y recolector de conchas. En medio de todos esos trabajos también aprendió el oficio de faquir. Se lo enseñó el mismo tío que le decía que había que andar por el mundo con la frente alta y la sonrisa amplia, sin miedo. Aunque nunca pudo terminar la primaria, siempre se lo encuentra leyendo los diarios.

Su espectáculo consiste en jugar con machetes, acostarse sobre camas de vidrios o clavos, lanzar fuego por la boca, frotarse con antorchas el cuerpo, introducirse en la piel agujetas muy largas y salir siempre ileso de todo aquello. Para que la gente no dude de su oficio, suele pedir un voluntario para que compruebe el filo de los machetes, el metal de las agujetas, el calor de las antorchas.

—El tigre mide el miedo —dijo, muy serio, Agapito y prosiguió—: verán, por allá, por mi tierra, cerquita de Parambas, uno de mis paisanos...

—¿Dónde queda eso? Interrumpió alguien.

—Por un lado de San Lorenzo, entre Lita y Alto Tambo —respondió alguien más, dejando a todos igual de desorientados.

Nadie quiso preguntar más, tal vez por temor a que la respuesta los dejara aún más ignorantes, o incluso porque podría ser motivo de burla, como no saber el Himno Nacional siendo presidente.

—Esto les digo de verdad —retomó Agapito su relato—. El hombre tenía sembrado en el monte su plátano, su yuca, la papa aérea, naranja, limón-mandarina, su guandú y maíz. Toditos los días madrugaba y se metía en el verdor para cuidar sus matas. Caminaba en el monte largo, más de dos horas, llegaba a la chacra y le daba filo al machete hasta que empezaba a cantar las chachalacas. Cuando la tarde era roja todavía, el hombre asomaba por el sendero puntualito a merendar. Un día, al volver a su choza, miró que en el lodo del camino, sobre sus huellas, estaban las huellas del tigre. En mi tierra le decimos tigre al jaguar. Al principio no le dio mayor asunto, pero cuando la escena se repitió algunos días, se preocupó. Más aún cuando salió de mañanita y todita la entrada de su casa apestaba a meados peores que los de gato: ¡eran de tigre!

—Sí, sí, eso yo leí en un libro —increpa alguien, volviendo a cortar abruptamente el relato de Agapito—. Que el tigre pone su pata sobre la huella de los que entran al monte y así les mide el miedo, el pulso. Y, si lo siente flojo, los sigue hasta su casas y se orina en las puertas. El pobre cristiano queda sentenciado, porque un día lo terminará matando. Eso dice el libro ¿será verdad?

—Claro que es verdad. Si está en un libro, toda la verdad está siempre en los libros —contestó aquel que no sabía dónde queda Parambas—. Los libros todo lo toman de la sabiduría del pueblo, de los filósofos del monte y los pescadores de palabras, de la gente que ha vivido en su propia piel la historia.

Agapito carraspeó para continuar su narración:

—Entonces, el hombre a veces se hacía acompañar de algún pariente, diciendo que necesitaba alguien que le ayudara para mover algún tronco, cosechar fruta de pan, ahí alguna vaina. Pero las huellas del jaguar siempre estaban sobre las suyas. “Este me mide el pulso y me quiere quebrar”, pensaba en la casa, mientras arreglaba un viejo cortaúñas que su mujer ya no usaba. Él lo usaría como cuchillo de mano, ¿Qué más iba a hacer? Por miedos y cuentos de viejas no podía abandonar su chacra. Además, ya no se había vuelto a mear en la entrada. Así que día a día, guardando en el mismo saco del machete, los colinos de plátano y los palos de yuca, metía sus miedos y salía a trabajar. Su mujer le notaba el ceño fruncido, ya no reía en la merienda, ya no la buscaba en la

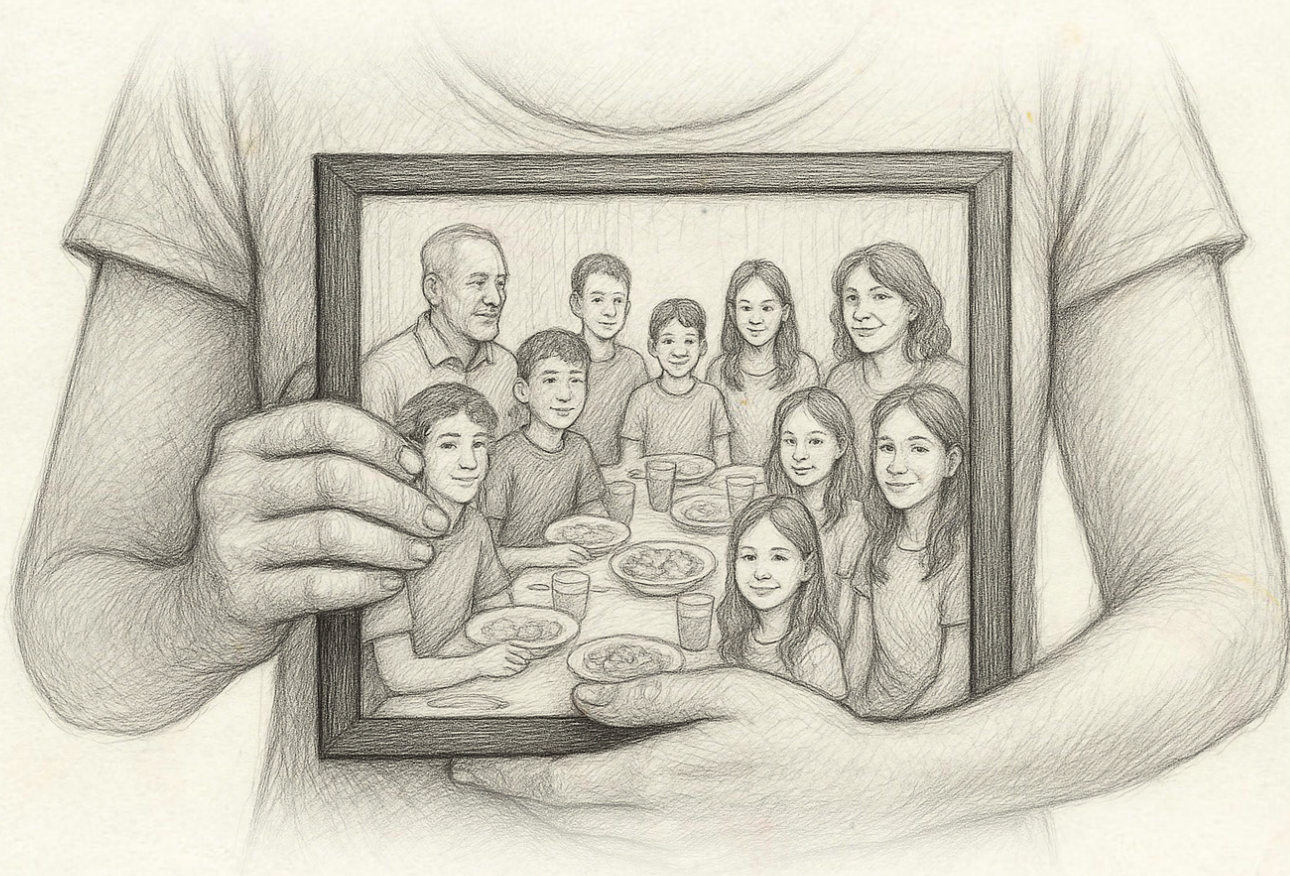
noche y cuando le preguntaban qué tenía, bajaba la mirada como perro regañado y decía: “nada, un problema con un vecino del monte, nada más”, como si hubiera mucha gente en ese monte. Hasta que una tarde, en medio del camino estaba el mero mero, el propio, el tigre. Los dos se miraron como esa gente que no se soporta ni el olor, fijas las miradas y todo el monte en silencio. Y antes de que pudiera sacar el machete, el tigre se abalanzó sobre él con un rugido poderoso. El paisano, con frío templado, lo aguantó y empezaron la pelea. El hombre logró sacar el cuchillo de pelar naranjas y ahora le propinaba puñaladas al propio miedo. El tigre, con sus garras, le dejaba hecho tiras el cuero al negro. El tiempo fue largo —Agapito señala con sus dedos toda la plaza trazando un círculo—: todito ese redondo de terreno quedó aplastado por la revocada que se daban. Una punzada en el corazón, de esas que solo sienten las mujeres paridas, hizo que su mujer llamara a los muchachos que peloteaban con los vecinos: “Agarren la mula y vayan a ver al hombre que no llega”, ordenó. Los muchachos del barrio entero salieron en algarabía por el sendero del monte. Ella dejó los trastos de la cocina y encendió una vela a San Antonio. Y la pelea seguía, hasta que el grito de los muchachos dejó quieto al tigre que, al ver a todos con machetes, palos y piedras, desapareció. Yo creo que ese tigre sabía hasta contar y sumar. El hombre fue a parar a la clínica de San Lorenzo y, por poco, no lo cuenta. Tardó algunos meses en recuperarse, cobrar fuerzas suficientes y volver a sus plantaciones. Al principio le acompañaban sus parientes, pero, poco a poco, se fue quedando de nuevo solo con su tierra y entonces volvió a ver al tigre. Donde él ponía la vista, ahí estaba: trepado en un árbol, a la orilla del río, siempre rondando, mirando lo que el paisano hacía. Entonces el hombre pensó: “¿Me estaré volviendo loco? ¿Será que solo lo veo yo?”. Un día, para salir de dudas, llevó a su mujer y ella también lo vio, echado en un claro del bosque. Pero no se esperaba lo que ella le dijo: “Él está tranquilo, en su monte. Te mira trabajar y te respeta. Ya si le sigues llamando y buscándole pleito, es tu problema”.

—¿Y por qué no lo mató? —increpó el ‘Botón’—. Podía llevar una carabina, esperar que asome la nariz y ¡bam! Un solo tiro.

El faquir lo miró tranquilo, luego miro el cielo gris un momento, dejando que la lluvia con su letanía rítmica amainara sobre la ciudad. Luego, su voz grave de cantante de bomba continuó:

—Claro que podía, pero ¿acaso que con eso se cura el miedo?

La lluvia dejó de caer y la plaza volvió a lucir radiante. Se encendieron las primeras farolas con luces amarillentas. Agapito adelantó el paso y, golpeando sus machetes, anunció que su espectáculo estaba a punto de empezar.



Cuarentañera en crisis (y otras pequeñas catástrofes familiares)

Por: Diana Chávez Acosta

Cumplí 40 años. Me miro al espejo y veo algunas canas —esas malditas, pienso— tan inoportunas como sus amigas: esas que llaman líneas de expresión. ¿Quién las invitó? ¡Nadie! Nadie las quiere aquí.

En fin, ahora me pregunto ¿cómo llegué hasta este punto? Aunque, quizá la verdadera duda es: ¿será que llegué de la manera correcta? La respuesta es más sencilla de lo que parece: “Agapita, estás en la famosa crisis de los 40... nada más”.

Y para entender, no solo quién soy hoy, sino cómo llegué hasta aquí, siento que debo contarles de dónde vengo y cómo las personas a mi alrededor moldearon esta personalidad tan peculiar: mezcla entre el Grinch y Merlina Addams, pero con buen corazón.

Debería ser fácil, tengo esta historia en la cabeza desde hace mucho tiempo. Cada vez que alguien me pregunta ¿cómo es tu familia?, respondo: “Una mezcla entre los Addams y los Munsters”. No sé si me entienden del todo, pero las risas nunca faltan. En todo caso, son personajes coloridos, complejos, inolvidables, que valen toda la pena y la tinta.

Empezaré por el principio —o eso intentaré—.

Mis abuelos eran polos opuestos, pero el amor pudo más. Tuvieron ocho hijos y fueron felices hasta la muerte de mi abuela. Mi abuelo asumió un doble rol en mi vida: fue a la vez el abuelito consentidor y la figura paterna que llenó el hueco que dejó mi padre biológico al abandonarme. A mis gloriosos dos años lo bauticé “Papi Gino” —quería decirle papi lindo, pero mi dicción no ayudaba y así nació el apodo que conserva hasta hoy—. Siempre lo admiré. Aún lo hago.

Mi Papi Gino nació en la pobreza. Fue abandonado por su madre y, técnicamente, también por su padre, quien se entregó al alcohol. Tuvo que madurar muy pronto. Su destino parecía ser un pequeño puesto en algún mercado del centro de la ciudad, pero él decidió cambiar sus estrellas. Trabajó, se educó, creó su propio negocio y, sobre todo, eligió como compañera a una mujer que era, al mismo tiempo, su opuesto y su complemento. ¡Hombre inteligente, mi abuelo!, ¿no les parece?

Mi abuela, por su parte, era una mujer muy bella y recta. Provenía de una familia que, en algún momento, tuvo dinero y clase, pero que con el tiempo lo perdió todo, salvo los valores —o, como me aclaraba siempre mi madre: “las buenas costumbres”—. Yo le digo aristocracia —en joda— pero esos personajes son tema de otro cuento.

De niña, tuve una relación extraña con mi abuela. Resentía la dureza de su carácter:

a mis ojos, era rígida, a veces severa, y eso me hacía sentir poco querida y muy sola. Sin embargo, ahora que tengo mis propias canas, veo todo desde otro ángulo. Me doy cuenta de que ¡somos iguales! O, al menos, muy parecidas. ¿Karma o ironía?

He aprendido a aceptarme a través de sus buenos recuerdos. Fuimos compañeras, incluso "socias" durante su vida. Por eso, y por todo lo que me enseñó, siempre le estaré profundamente agradecida.

Este es el momento perfecto para presentarme como se debe: soy Agapita, hija única de una madre soltera. Aunque crecí rodeada de gente, esa multitud no impidió que muchas veces me sintiera profundamente sola. A los cuatro años, mis padres decidieron tomar caminos distintos. Mi madre y yo "regresamos" a la casa de mis abuelos, donde realmente comienzan mis recuerdos.

La casa de mis abuelos era un universo por sí solo, siempre lleno de vida. Como se dice en mi tierra, estaba habitada por "propios y ajenos": además de mi madre y mis abuelos, había una pequeña tortuga llamada Serge, que fue mi compañera inseparable en la primera infancia, y, por supuesto, mis tías y tíos, personajes que dejaron huella en mi historia.

Los hermanos de mi madre rondaban la casa por épocas. Cada vez que un divorcio o una crisis sacudía sus vidas, regresaban al nido en busca de refugio. No olviden que eran ocho, ¡así que la casa rara vez estaba en silencio!

De regreso a los personajes de esta historia, voy a empezar por mi tío Fernando, el menor de los hermanos. ¿Qué sería la vida sin un poco de suspenso, verdad? Cuando los observo a todos, siento que veo una caricatura; y mi tío, con sus entradas y su sonrisa de niño travieso, siempre me ha recordado a un oso panda tierno, aunque algo torpe.

Cuando nací, él tenía apenas trece años. No sentía celos —según me dicen—, pero tampoco creo que tuviera mayor interés en ese ser diminuto y recién llegado. Era un chico curioso y brillante, notable para las matemáticas, la física y, posiblemente, los misterios del universo. Pero el sentido común siempre parecía escurrirse; es lo más parecido a un hermano mayor que alguna vez tuve.

De niña solía irritarme muchísimo. Me molestaba como solo un hermano mayor sabe hacerlo: me envolvía como una palanqueta y me dejaba ahí, atrapada, en medio de la cama king size de mis abuelos, para que no pudiera soltarme. Todo un encanto, ¿verdad?

De adolescente, él amaba contestar el teléfono y, si era un amigo de mi colegio, enseguida gritaba: "¡Pigiloncio, es para tiiii!" —ese fue el apodo que me puso, como

si llamarme Agapita no fuese ya suficiente—. Y recuerden: soy cuarentañera, viví la época de los teléfonos de disco, donde la privacidad era tan escasa como el silencio en una casa sobrepoblada como la mía.

Creo que el verdadero valor de este tío, un científico loco en potencia, lo descubrí recién en mi época universitaria. Fue mi cómplice, mi chofer y mi tapadera de fiestas; y esos favores —se sabe— jamás se olvidan.

Tal vez se pregunten por qué comienzo por el tío más joven, pero recuerden que estamos tratando de deducir cómo llegué a este punto y este tío, en particular, marcó mi vida de muchas formas. Me dio la oportunidad de trabajar y pagar mis estudios, forjó mi carácter con sus malos modos y —hay que decirlo— con su ego inflado. Me preparó para la vida laboral y me ayudó en más formas de las que probablemente imagina.

A mis diecisiete, recién salía del colegio y mi madre pasaba por una etapa financiera incierta. Siempre trabajó en proyectos con organismos internacionales, pero nunca fue un empleo estable de oficina. Yo no tenía el futuro asegurado, pero quería educarme, así que hice un pacto —casi de sangre— con mi tío y mi abuelo, quienes manejaban la empresa familiar: trabajaría para ellos de lunes a viernes, de ocho a cinco, como cualquier empleado y, a cambio, ellos pagarían la universidad y yo sería libre de elegir mi carrera.

Siempre sentí que podrían haber sido un poco más generosos —o benevolentes— dada la situación, pero, sinceramente, me prepararon para la vida.

En esos días fui chofer (de mi tío Fernando), mensajera, compradora de material para metalmecánica, aprendí a calcular medidas de piñones, a diferenciar materiales, a enviar encomiendas desde el terminal terrestre y hasta a cambiar las llantas de mi fiel Fiat Uno. Terminé mi periodo laboral en el negocio familiar igual que el auto: con todo averiado, sin ganas de volver, pero con la certeza de haberlo dado todo.

El lema de mi tío Fernando era que la vida —después de los dieciocho— no solo es dura, sino que pasa volando. La empresa creció tras un acuerdo con una petrolera, así que esta mensajera, chofer y compradora terminó viajando al Oriente; pero eso, claro, es material para otro cuento.

Tristemente, el desenlace de esa etapa fue algo caótico: ambas empresas familiares terminaron quebrando, nadie heredó nada y hoy todo quedó como material para esas largas conversaciones que aún tengo con mi Papi Gino los domingos frente a una taza de café.

El último año de la universidad cambió mi suerte: mi madre hizo un gran negocio, nuestro jaque mate; ese golpe maestro me devolvió el mejor regalo: la libertad. Por fin, pude volver a ser una estudiante sin preocupaciones, al menos por un año. Dejé de trabajar para los Dakost y pude seguir mis sueños —que, honestamente, han ido cambiando con las décadas. Se vale cambiar, ¿no?—. En aquel entonces juraba que sería diplomática, viajando por el mundo y representando a mi país en asuntos importantísimos. Ahora, al recordar esa época, no puedo evitar soltar una risa irónica. ¡Ay, Agapita, qué poco sabías entonces de la vida!

En fin, pasemos al siguiente personaje: mi tía Graciela, la penúltima de los hermanos. Una auténtica genio que, a los diecinueve años, ganó una beca para estudiar matemática pura —con algún condimento más que nunca logré descifrar— nada menos que en la Unión Soviética. Sí, en ese entonces todavía era la URSS y ella nunca miró atrás.

Hoy en día vive con su esposo en Holanda, un país que le ha dado esa libertad intelectual y personal que, seamos sinceros, jamás habría encontrado en nuestro pequeño país. Mi tía Graciela es, honestamente, un recuerdo intermitente, pero las escenas que guardo de ella son siempre felices. Se fue muy joven, cuando yo era apenas una bebé, pero me llegaban sus hermosas cartas adornadas con dibujos. Aquellos que saben lo que es recibir una carta escrita a mano entenderán la emoción y ese ritual mágico de cortar el sobre con un abrecartas —si alguno de ustedes nació después de 2010, búsquelo en Google con confianza—. También me enviaba libros de cuentos rusos y la legendaria revista infantil Misha, que llenaron mis horas y abrieron mi mente a mundos insospechados.

Con sus escasos —y generosos— 1,54 metros de estatura y esa carita de matrisoska, es como una muñeca siempre atenta, con el ceño fruncido de tanta concentración, o quizá de ese exceso de neuronas que el universo le regaló. Es de esas personas que consideran la cultura y la educación como requisitos indispensables para el ser humano. Habla cinco idiomas, tiene como siete títulos universitarios —ya ni me esfuerzo en enumerarlos porque, sinceramente, después del PhD, ¿qué más se puede decir?—.

Ahora que soy una Agapita cuarentañera, nuestra relación se parece a esas viejas amistades: no hablamos todos los días, pero cuando lo hacemos, el tiempo parece borrarse y volvemos a reírnos con la complicidad del amor incondicional. Y así, entre relato y relato, llegamos a mi relación de parentesco sanguíneo más complicada: mi tío Hernán. Como toda buena historia, la mía no podía quedarse sin

villano, y este personaje ocupa ese lugar. Es el número seis en la escala de los hermanos, y siempre digo que un buen villano hace que la película valga la pena. Los admiro: suelen ser los más inteligentes y juegan bajo sus propias reglas. Sí, al final pierden, pero ¡Dios, cómo luchan mientras dura la función!

De este personaje, en particular, no tengo ni un solo recuerdo feliz. Mi madre suele decirme: “Cuando eras bebé él fue cariñoso”; lamentablemente, mi memoria pre-cinco años parece haber sido formateada. Los recuerdos que conservo de él están marcados por sombras: lo primero que me viene a la mente es verlo quemando mis libros infantiles y mis amadas revistas Misha; todo porque, según su peculiar lógica, le estorbaban y necesitaba más espacio. Espacio dentro del negocio familiar, por cierto, que era compartido y no de su uso personal.

Recuerdo, con mezcla de tristeza y resignación, sus comentarios despectivos y burlones sobre mi carácter, mi físico, simplemente sobre mí. Siempre me generó miedo y desconfianza, especialmente por esa costumbre suya de reprochar el cariño que recibí de mis abuelos —no sé si era envidia o celos, pero se esmeraba en recordarme que yo no era hija, solo nieta—.

Me ha tomado años entender que la sangre no define a la familia, y que el árbol genealógico también puede —y debe— podarse. Sin embargo, reconozco que él me forzó a trabajar en mi autoestima y vol verme resiliente.

Siguiendo con la cuenta regresiva, hablemos de mi tío Luis: un hombre recto —en extremo—, con una brillante carrera militar que, según mis recuerdos, fue el tío favorito de todos los sobrinos durante mi primera infancia. Ya en la adultez —no esperen que porque me salieron unas canas vaya a decir que estoy vieja—, Luis se ha convertido en un ser lleno de sabiduría, capaz de dar los mejores consejos y, sinceramente, el mejor ejemplo de vida.

Además, es guapo —hay que decirlo—: heredó lo mejor de mis dos abuelos. Tiene el cabello negro y tupido de mi papi Gino y la nariz respingada de mi abuelita Chini. Siempre impecable en su postura y trato, es un absoluto contraste con sus hermanos.

Luis es la clase de familia que está siempre en los momentos más difíciles. Las charlas con él siempre son interesantes y, honestamente, eso ya es más de lo que puedo decir de mucha gente. De él saqué uno de los mantras que me han acompañado toda la vida: “El éxito es cuando la preparación y la oportunidad se encuentran”. Y así, entramos al reino de las hermanas mayores. Les he contado que mi abuelito era el núcleo familiar, el proveedor, dueño y fundador de la empresa, bla bla bla...

Pero no se dejen engañar: mi familia es, fue y será siempre un matriarcado. Mi abuelita Chini, mi madre y mis tías han llevado el timón de la familia desde que tengo uso de razón.

Comencemos con mi tía Judith, a quien siempre he querido como a una segunda madre. Bajita también, de cabellos color miel —ahora transformados en una hermosa nieve—, mi tía se fue a conseguir un gringo muy simpático, mi tío Vito, quien resultó más cariñoso y generoso que varios parientes consanguíneos.

La tía Judith y el tío Vito se mudaron a Nueva York cuando yo era muy joven. Tuvieron tres hijos que siguen ocupando el podio de mis primos preferidos. Mi tía Judith es un espíritu libre, mucho menos restringida por el “qué dirán” que mi madre —y eso se los firmo donde quieran—. Dicen las leyendas familiares que le encantaba fugarse del colegio con sus amigas y que siempre llevaba un jean escondido en la mochila, listo para escapar del uniforme del instituto de monjas al que mi abuela las obligó a todas. Se enamoró apenas terminó la universidad y, sin pensarlo mucho, se casó y se lanzó a formar una familia en el país de las oportunidades. Ser migrante es un salto al vacío que no cualquiera se atreve a dar.

Además de ser un refugio en tierras lejanas, mi hogar lejos del hogar, mi familia neoyorquina ha sido un bálsamo para mi alma. Quizá mi tía Judith no lo sepa, pero la admiro no solo por su fortaleza y determinación, sino por lo sensible y abierta. Es de esas personas capaces de detectar la mala vibra a kilómetros; predice muertes, siente cambios en el ambiente y, por lo general, con una sola mirada te lee el alma. Su casa ha sido mi destino vacacional por excelencia: siempre me han recibido con cariño y sus tres hijos fueron los hermanos menores que la vida no me dio.

Subiendo al piso 3 está mi tía Esther —más conocida como Pochis—, hoy en día una elegante viuda alemana y, sin duda, tan importante y exasperante que mi vida no sería la misma sin ella. La tía Pochis vivió muchos años en Nueva York durante mi infancia y, cuando regresó —justo en mi etapa de adolescente—, fue mi cuidadora una temporada, en esos años en que mi mamá tuvo que mudarse por trabajo a otra ciudad, y así quedé bajo la tutela de la incomparable Pocha.

Decir que es un personaje es quedarse corta. Es tremendamente trabajadora y de ella aprendí a usar mucho perfume —la nube aromática es parte de su escudo personal— y a admirar la independencia económica de una mujer fuerte que sabe disfrutar los frutos de su propio esfuerzo. No solo estuvo ahí para llevarme al colegio, a cada fiesta, a cuanto concierto fue posible, sino también para repartir abrazos, consejos y alguno que otro jalón de orejas cuando lo merecía.

Tiempo después, se mudó a Alemania, al enamorarse de un gran hombre: no solo le dio felicidad, sino que, generoso hasta el final, le dejó una herencia que mi tía ha compartido con todos. Ahora, la tía Pocha es —con cariño lo digo— la “tía rica”, la que nunca falta en una reunión familiar, siempre con opiniones firmes, un gran corazón, y una lengua rápida y afilada —en tres idiomas distintos, una proeza digna de aplauso—.

Seguiré con mi última tía, la primogénita de la familia, antes de cerrar con mi madre, que ocupa el codiciado puesto número dos entre los hermanos.

Mi tía Rocío es un recuerdo agri dulce. Estoy segura de que fue cariñosa conmigo en mi infancia —también eso me dicen—, pero como ya hemos establecido, los recuerdos concretos son escasos. Lo que sí tengo claro es que, a sus veintisiete años, la vida de mi tía cambió para siempre: iba en un tren, junto a su prima, planeando unos días de diversión en otra ciudad. Pero el tren chocó y, con ese accidente, su mundo —y el de toda la familia— dejó de ser el mismo.

Mi tía Rocío tuvo que reaprenderlo todo: hablar, caminar, comer por sí sola. Fueron veinte años en los que los estragos del accidente afectaron de manera brutal. Los recuerdos de mi infancia están teñidos por los gritos desesperados de mi abuelita, que me pedía que saliera corriendo por una almohada y una cuchara, para que durante un ataque de epilepsia mi tía no se golpeará la cabeza ni se mordiera la lengua. Para una niña no era fácil verla con espuma en la boca, con convulsiones tan fuertes que, honestamente, parecían más una posesión demoníaca de esas películas que mi madre no me dejaba ver.

A veces la vida te cambia por una sola mala decisión, o por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Hoy en día, mi tía Rocío —soltera y jubilada— vive con mi madre; y su labor principal es cuidar de mi abuelito, que ahora requiere atención continua. Su vida ha sido dura y convivir con ella también. Su carácter y comportamiento rozan la rebeldía adolescente: agresiva cuando las cosas no se hacen como quiere y sorprendentemente amorosa cuando está de buen humor.

Y así, llego al final de este recorrido para hablar de la persona más importante de mi vida: mi madre. Una mujer hermosa que hoy luce con orgullo su largo cabello color plata, siempre recogido en un moño perfectamente apretado —Dios la libre de andar despeinada—. Como dice una de sus grandes amigas, “la Eli no se despeina ni en sueños”.

Si alguien ha moldeado mi vida, ha sido ella; como a veces le gusta decir, ha sido “padre y madre a la vez” —exige ser celebrada tanto en el Día de la Madre como en el del Padre en ambas con un regalo. Se ha vuelto consentida, se lo digo cuando conversamos—.

Fue madre joven, víctima de una visión rosada y soñadora del mundo, y de un galán universitario —que, como mi marido chileno suele decir, “se la sabía por libro”—. Me tuvo a los 24 años y esa relación duró lo mismo que mi primera infancia, cuatro años, y luego mi “querido” padre biológico desapareció de nuestras vidas. Todo lo que ese hombre me dejó fue su apellido —y, para mi consternación, algunos tics que prueban que lo que se hereda no se hurta—.

Me gustaría tener más recuerdos o historias de él, pero mi familia, en un intento voraz de protegerme, decidió no volver a hablar de su existencia. Así, crecí sin vacíos, sin penas y, sobre todo, sin recuerdos. Al final, no se puede extrañar lo que nunca se tuvo.

Hablar de la señora Eli resulta extraño: durante mi infancia vivía en una peculiar dualidad, como madre extremadamente estricta, pero también con una infinita paciencia para disfrazarse conmigo y compartir aquellas legendarias tardes de té. Tanto que más de una vez sus amigas “de sociedad” llegaban de visita y la encontraban en pleno festín de disfraces, obligada a aclarar, sonrojada: “Es que Agapita ama disfrazarse”.

Cuentan las malas lenguas que en esas tardes de disfraces usaba chales, mallas, diademas e incluso un alfiletero atado al cabello —¿para qué? Solo Dios sabe—. Pero mi madre siempre me permitió soñar, aunque era estricta como nadie: no toleraba berrinches, malas notas ni faltas de etiqueta —sí, en mi época no tener modales era mal visto—. No me permitía rendirme ni dejar nada a medias; creo que me exigía tanto como se exigía a sí misma.

Cada vez que la vida me ha dado un golpe casi mortal, puedo escuchar dentro de mí su voz: “Hasta aquí llegan las lágrimas, lávate la cara, que es momento de seguir”. Pensándolo bien, es como tener un Pepe Grillo instalado en el subconsciente.

En su juventud, parecía la mismísima princesa Jazmín, con largo cabello oscuro y cintura de avispa. Siempre me he preguntado por qué no volvió a casarse; quizá, en parte, fue por mí —quizá quiso evitarme el riesgo de un “segundo padre”—. Ahora que está en sus años dorados, pienso que un buen compañero haría su vida más fácil y, honestamente, ¡también la mía!

Hoy, de esa madre estricta, apurada y muchas veces ausente, solo quedan los recuerdos y el ocasional ceño fruncido que parece ponerle subtítulos a su silencio —mala costumbre que, por cierto, también heredé—. Ahora somos amigas, cómplices, compañeras de aventuras y también de cosas más mundanas, como ir al supermercado: nuestro “cardio” es hacer shopping y cargar tantas bolsas que nos duelen los brazos.

Ahora que mis propios cabellos plateados empiezan a asomarse, sé que nuestra relación ha evolucionado —a veces, incluso, los roles parecen invertirse—. Es un vínculo que va más allá de la sangre y las obligaciones. Nadie elige a la familia, pero estoy convencida de que, antes de que esta aventura llamada vida comenzara, nos encontramos en algún sueño, en un limbo blanco y luminoso, nos conocimos, nos reconocimos y nos elegimos. Seremos siempre compañeras, amigas, madre e hija.

Ahora que conocen mi historia y a los pintorescos personajes que la moldearon, les dejo la pregunta sobre la mesa: ¿Acaso llegué a convertirme en la cuarentañera que soy “de la manera correcta”?

Tal vez no exista una única respuesta, pero tengo la sospecha de que, como en toda buena receta familiar, lo importante no es seguir el manual al pie de la letra, sino ponerle la sazón única de cada personaje.

Ustedes, ¿qué opinan?

El cadáver exquisito de nuestro Taller Blanco

Construcción colectiva

Al despertar, el pequeño elefante rosa se puso sus medias rotas y salió corriendo hacia la colmena para encontrarse con su amiga. Ella lo esperaba con su sabroso desayuno, pero se dio cuenta de que le faltaba sal y un poco de cocción a esos huevos duros y zanahorias. Porque, eso sí, el elefante rosa cuida su puntualidad. Él nunca llega tarde a una serenata de mariachi. Aunque, prefiere realmente las luces de los castillos que acompañan los sí bemoles de la banda de pueblo, que a estas horas debió estar tocando 'Cielito lindo' en todo su esplendor.

Sin embargo, las luces del castillo danzaban frente a él como chispas de un pasado que lo conmovía, porque esos ritmos lo invitaban a bailar y bailar. Así que comenzó a moverse al ritmo de todas las emociones que sentía en ese momento. Sus recuerdos lo llevaron a la casa de su abuela y recordó que debía ir a visitarla para pedirle que le ayudara a zurcir las medias. Además, tenía que llevarla al cine, pues tenía programada una proyección para las 5h30. Iba trece minutos tarde.

Mientras corría al cine, pasó por un espejo grande.

—¡Qué guapo estoy! —pensó, toscamente elegante—. No, qué mal me quedan las medias rotas. ¡Carajo!

Entonces, de pronto, se detuvo un momento y sintió la necesidad de mirarse en otro espejo: quería verse nuevamente ese color rosa. El color rosa de arupo, como él, para arupar al mundo. Solo que no tomó en cuenta que no vivía en un mundo arupado, sino, todo lo contrario, en un mundo de arupos, arándonos, tupirosas y aguacates.

El mundo de cielos naranjas y elefantes rosados, elefantes con zapatos y, también, más elefantes pequeños con ropas agujereadas; las medias son de colores y de rayas y patines.

De pronto, nosotros, que estamos en la calle, vemos que de una esquina bajan varios paquidermos de diferentes partes y colores, subidos en sus patines. Todos salen gritando y corriendo.

Todas esas CRIATURAS

septiembre - 2025

